Las caras de la muerte
Ella no espera
Salvador Rangel Abud

Dedicatoria:

Para mi amada esposa y mis hijos,

Si alguna vez sienten miedo al final,
recuerden esto:
la muerte no es una enemiga,
sino una parte del mismo tejido que nos permitió amarnos.

No vine a enseñarles a temerla,
sino a vivir con tal plenitud
que la muerte, cuando llegue,
no tenga nada que llevarse salvo un cuerpo exhausto de tanto haber amado.

Yo me iré primero —quizá—
pero no estaré lejos.
Estaré en el aire que respiren,
en el silencio entre sus pensamientos,
en la risa que sobreviva a las lágrimas.

Estaré —como polvo de estrella consciente—
esperándolos en ese lugar sin tiempo,
donde la energía no muere, solo se transforma.
El universo no separa, solo redistribuye.

Vivan sin miedo.
Y cuando llegue su hora,
háganlo sin temblor.
Porque lo vivido juntos
ya nos hizo inmortales.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 0: LA MUERTE A SECAS
CAPÍTULO 1: EL CADÁVER QUE SERÁS
CAPÍTULO 2: RITUALES DE NEGACIÓN
CAPÍTULO 3: LA MUERTE EN EL ESPEJO
CAPÍTULO 4: CADÁVERES ANDANTES
CAPÍTULO 5: LA ÚLTIMA DESPEDIDA
CAPÍTULO 6: CUANDO LA VIDA SE DETIENE
CAPÍTULO 7: LA ÚLTIMA CLARIDAD
CAPÍTULO 8: DESPUÉS DEL FIN
EPÍLOGO

PRÓLOGO

LO QUE PERMANECE

Había algo profundamente irónico en escribir sobre la muerte mientras bebía té de manzanilla en una tarde perfecta de primavera. Pero Roberto Solís había aprendido, después de setenta y dos años de vida y cuarenta como periodista, que las verdades más importantes suelen revelarse en los momentos más ordinarios.

La taza humeaba suavemente sobre su escritorio, junto a una pila de artículos científicos sobre clonación celular que probablemente nunca terminaría de leer. Su estudio olía a libros viejos y a esa mezcla particular de polvo y papel que solo acumulan las habitaciones donde se piensa más de lo que se limpia.

Afuera, los pájaros discutían territorios con esa urgencia cómica que tienen las criaturas que no saben que van a morir. O tal vez lo sabían y por eso cantaban con tanta intensidad. Roberto sonrió ante el pensamiento. Últimamente, todo le parecía una metáfora.

Tomó su pluma —una vieja Parker que había comprado con su primer sueldo periodístico— y continuó escribiendo en su cuaderno. No en la computadora. Algunos pensamientos necesitaban la resistencia del papel, la fricción de la tinta encontrando la fibra. Necesitaban la imperfección de las palabras que se tachan y reescriben.

"He estado pensando mucho sobre qué significa 'continuar' después de morir," escribió. *"No en el sentido religioso o metafísico, aunque respeto profundamente esas tradiciones. Me refiero a algo más concreto y al mismo tiempo más misterioso: cómo las personas que amamos siguen transformándonos incluso cuando ya no están."*

Hizo una pausa y bebió su té. Todavía demasiado caliente, pero le gustaba ese pequeño ardor en la lengua. Una prueba pequeña de que estaba vivo, de que su cuerpo todavía funcionaba en ese diálogo constante con el mundo.

"Mi padre murió cuando yo tenía veintisiete años. Creí que lo había perdido. Pero ahora, cuarenta y cinco años después, me doy cuenta de que él ha estado aquí todo este tiempo. No como recuerdo estático, sino como presencia activa. Está en la forma en que sostengo una taza de café. En mi incapacidad de mentir convincentemente. En mi manía de corregir las injusticias pequeñas porque las grandes me abruman. Estas no son solo 'influencias' de mi padre. Son mi padre, continuando su existencia a través de mí."

"Y aquí está lo inquietante que he descubierto: si esto es cierto, si las personas continúan viviendo a través de quienes las conocieron, entonces la pregunta no es '¿Hay vida después de la muerte?' sino '¿Qué tipo de vida seremos en otros?'"

Roberto dejó la pluma y masajeó su mano derecha. Últimamente le dolía más después de escribir a mano. Artritis probablemente. Su médico le había sugerido varias veces que se hiciera análisis más exhaustivos, pero Roberto había desarrollado una relación filosófica con su cuerpo envejeciente: lo respetaba, lo escuchaba, pero no lo trataba como enemigo.

La muerte no era el enemigo. Nunca lo había sido.

El enemigo era la ilusión de permanencia.

Se levantó con esfuerzo —las rodillas protestando de esa manera que los cuerpos de setenta años tienen de recordarte que no eres el mismo de hace treinta— y caminó hacia la ventana. Su barrio de clase media en una ciudad que crecía demasiado rápido. Desde aquí podía ver el parque donde solía llevar a Diego cuando era niño. Diego había tenido miedo de los columpios al principio. Miedo de la sensación de caer, de perder control. Roberto lo había empujado suavemente, pacientemente, hasta que el niño comprendió que caer y volver eran parte del mismo movimiento.

Ahora Diego tenía treinta y ocho años y todavía le tenía miedo a algo. Roberto no estaba seguro a qué exactamente. Tal vez al tiempo. Tal vez a cometer los mismos errores que su padre. Tal vez a no cometer ningún error en absoluto y terminar siendo alguien perfectamente olvidable.

Necesitaba hablar con Diego. Necesitaba contarle lo que había descubierto en los últimos dos años, pero no de golpe. Diego era buen periodista precisamente porque no creía nada sin evidencia. Si Roberto le decía directamente "he descubierto una conspiración sobre clonación de líderes mundiales", Diego pensaría que su padre finalmente había perdido la cordura.

No. Tenía que ser más sutil. Tenía que dejarle pistas. Preguntas. El tipo de migajas intelectuales que un buen periodista no puede evitar seguir.

Volvió a su escritorio y tomó su teléfono móvil. Marcó el número de Diego, pero fue directo al buzón de voz. Por supuesto. Diego siempre estaba persiguiendo alguna historia, siempre demasiado ocupado para las llamadas de su padre que "probablemente solo quieren charlar sobre política o filosofía".

Después del tono, Roberto habló:

"Llámame cuando puedas, hijo. Tengo algo que contarte sobre identidad y memoria. Sé que suena abstracto, pero creo que te interesará para tu trabajo."

Cortó la llamada y volvió a su cuaderno.

"He descubierto algo inquietante," continuó escribiendo. *"Hay personas que no pueden aceptar que la muerte sea transformación. Necesitan que sea continuación literal. Necesitan creer que 'ellos' —su conciencia,*

su yo, su identidad— pueden preservarse intactos. Y están dispuestos a hacer cosas terribles para lograrlo."

"Pero aquí está la paradoja que no entienden: al intentar preservar su identidad exactamente como es, la congelan. La matan. Porque la identidad no es una cosa que se preserva. Es un proceso que se transforma."

"Mi padre no 'está' en mí como una estatua en un museo. Él continúa a través de mí porque yo he cambiado por haberlo conocido. Soy diferente de quien hubiera sido sin él. Y cuando yo muera, continuaré en Diego no como Roberto Solís preservado en ámbar, sino como todas las formas en que cambié a mi hijo sin darme cuenta."

"Esto es lo que significa un legado real: no preservación, sino transformación."

Roberto se detuvo. Su mano temblaba ligeramente. No de artritis esta vez, sino de algo más profundo. Miedo tal vez. O excitación. Había estado siguiendo un hilo durante dos años, conectando puntos entre artículos científicos, fondos sospechosos, institutos de investigación que publicaban cada vez menos. Y ahora, finalmente, comenzaba a ver el patrón completo.

Alguien estaba intentando convertir la identidad en una cosa preservable.

Alguien estaba intentando detener la transformación.

Y si tenía razón sobre quiénes estaban detrás de esto, las implicaciones eran aterradoramente globales.

Necesitaba más pruebas. Una o dos llamadas más. Un científico que había insinuado que quería hablar pero que tenía miedo. Roberto lo convencería. Siempre había sido bueno convenciendo a las fuentes de que la verdad valía el riesgo.

Pero primero, este artículo. Este intento de poner en palabras lo que había aprendido sobre la muerte. No la historia de conspiración —esa vendría después, con evidencia sólida—, sino la verdad filosófica que hacía que la conspiración fuera tan peligrosa.

"Si alguien está leyendo esto," escribió, *"especialmente si es mi hijo, quiero que entienda lo siguiente: No tengo miedo de morir. Tengo miedo de no haber vivido de una manera que valga la pena continuar en otros. Tengo miedo de haber sido tan pequeño, tan cerrado, tan rígido, que no haya dejado ninguna transformación valiosa en la gente que amo."*

"Pero creo que eso no ha pasado. Creo que he dejado preguntas valiosas. Creo que he dejado la incomodidad necesaria que hace que las personas busquen mejores respuestas. Creo que he dejado el ejemplo de que vale la pena perseguir la verdad incluso cuando es inconveniente."

"Y si resulta que estoy en lo correcto sobre lo que he estado investigando, entonces también dejaré algo más: una advertencia. Una pregunta urgente que alguien necesitará responder."

"¿Qué significa ser humano si eliminamos la muerte? ¿Qué significa la identidad si la congelamos en lugar de dejarla transformarse?"

"Estas son preguntas peligrosas. Alguien no quiere que las hagamos."

"Pero las preguntas peligrosas son las únicas que valen la pena hacer."

Roberto cerró su cuaderno y miró su té, ahora tibio pero todavía fragante. Lo terminó de un trago largo, saboreando la suavidad de la manzanilla, la miel disuelta, el toque de limón.

Era un té perfecto en una tarde perfecta en una vida que había sido, en suma, bastante buena.

Si supiera que esta sería su última taza de té —que en aproximadamente cuarenta y ocho horas su corazón decidiría simplemente detenerse mientras estaba solo en esta misma silla— ¿cambiaría algo?

Probablemente llamaría a Diego una vez más. Probablemente sería más directo sobre lo que había descubierto.

Pero incluso sin saber que su tiempo se acababa, Roberto Solís sentía algo que podría llamarse paz. Había hecho preguntas importantes. Había amado a su hijo imperfectamente pero genuinamente. Había intentado dejar el mundo un poco mejor de como lo encontró.

Y si estaba en lo correcto sobre la naturaleza de la identidad, entonces no terminaría cuando su corazón se detuviera.

Continuaría.

No como él mismo preservado, sino como transformación en otros.

Especialmente en su hijo, quien todavía no sabía que estaba a punto de heredar no solo un duelo, sino una investigación.

Roberto tomó su pluma una última vez y escribió en la última página de su cuaderno:

"Diego: Si estás leyendo esto, probablemente significa que ya no estoy. Y probablemente te sientes culpable por algo: por no haber devuelto una llamada, por no haber visitado más, por no haber dicho las cosas correctas en el momento correcto."

"Déjame liberarte de esa culpa ahora: Fuiste exactamente el hijo que necesitaba. Me transformaste de maneras que todavía no entiendes. Y ahora voy a transformarte a ti de una manera que tampoco esperas."

"En mi archivo, bajo 'Proyecto C', encontrarás el inicio de algo. No es una historia completa. Es una pregunta. Una pregunta peligrosa que alguien no quiere que respondas."

"No tienes que responderla. Puedes dejarla ahí y vivir tu vida normalmente."

"Pero conoces a tu padre. Y te conozco a ti."

"Ambos somos el tipo de personas que no pueden dejar las preguntas peligrosas sin responder."

"Así que cuando llegue el momento —y créeme, llegaré— recuerda esto: La muerte no es el final de una vida. Es el momento en que una vida deja de ser solo tuya y se convierte en legado para otros."

"Úsame bien, hijo. Transfórmame en algo útil. En preguntas que valgan la pena, en incomodidades necesarias, en búsquedas que importen."

"No me preserves. Continúame."

"Con todo mi amor,"

"Tu padre"

Roberto dejó la pluma y cerró el cuaderno.

Afuera, los pájaros habían dejado de discutir. La tarde se inclinaba hacia el anochecer. Pronto necesitaría encender las luces, preparar algo de cenar, tal vez ver las noticias.

Una tarde ordinaria en una vida ordinaria.

Pero las vidas ordinarias, pensó Roberto, son donde suceden las transformaciones más extraordinarias.

Solo que raramente nos damos cuenta hasta que ya es demasiado tarde.

CAPÍTULO 0

LO QUE HEREDAMOS SIN ELEGIR

El ataúd era de roble con herrajes de bronce, y a Diego le parecía obsceno que hubiera gastado tres horas eligiéndolo. Como si el recipiente importara. Como si su padre, que había pasado setenta y dos años prefiriendo la sustancia sobre la apariencia, fuera a juzgarlo por la calidad de la madera que lo separaría del suelo.

Pero eso era lo que hacías cuando alguien moría: tomabas decisiones absurdas sobre cosas que no importaban porque no podías tomar la única decisión que sí importaba, que era traerlos de vuelta.

La ceremonia fue pequeña. Su padre había tenido amigos, pero la mayoría habían muerto antes que él o vivían demasiado lejos para viajar. Asistieron algunos colegas periodistas retirados, tres vecinos, la señora Cheng que administraba la librería donde su padre compraba sus libros, y Marcela, su editora, quien se había presentado sin preguntar si era apropiado.

El oficiante —un hombre secular que hacía ceremonias sin contenido religioso específico— leyó un texto genérico sobre la vida bien vivida y

las memorias que perduran. Diego apenas escuchaba. Estaba ocupado haciendo lo que mejor sabía hacer: observar detalles. Los zapatos mal lustrados del señor Kawasaki, que había trabajado con su padre en los ochenta. La forma en que la señora Cheng se secaba los ojos con un pañuelo que tenía bordadas pequeñas flores azules. El modo en que Marcela mantenía su distancia profesional pero no apartaba la mirada del ataúd, como si estuviera evaluando la historia que nadie escribiría.

No llores, se dijo Diego. *No aquí. No todavía.*

Funcionó. Mantuvo la compostura durante la ceremonia, durante las condolencias mecánicas, durante el momento en que bajaron el ataúd y Diego tuvo que arrojar la primera palada de tierra sobre la tapa de roble que acababa de costar más de lo que su padre hubiera aprobado.

Funcionó hasta que regresó solo al apartamento de su padre esa misma tarde.

El edificio olía como siempre: una mezcla de comida recalentada, productos de limpieza con aroma a pino, y esa humedad persistente que tienen los edificios viejos que nunca reciben suficiente sol. Diego subió las escaleras hasta el tercer piso —el elevador llevaba tres años descompuesto— y se detuvo frente a la puerta 3-C.

Tenía las llaves en la mano. Las llaves que había recogido del hospital cuando le entregaron las pertenencias personales de su padre: una billetera con cuarenta dólares en efectivo, un reloj Casio que seguía funcionando, un llavero en forma de pluma estilográfica que Diego le había regalado en Navidad hacía cinco años.

La llave entró en la cerradura pero Diego no la giró inmediatamente.

Porque una vez que abriera esa puerta, tendría que enfrentar el hecho de que su padre ya no vivía ahí. Que el apartamento era ahora solo un espacio lleno de objetos que solían tener dueño y ahora solo tenían historia.

Giró la llave.

El apartamento estaba exactamente como lo recordaba de su última visita, hacía tres meses. Demasiado tiempo. Tres meses sin visitar a su padre porque siempre había una historia que perseguir, una fecha límite que cumplir, una excusa razonable para posponer.

La sala estaba ordenada pero vivida. Los muebles eran funcionales, nada de diseñador. Un sofá gris que había conocido tiempos mejores. Una mesa de café cubierta de libros y revistas. Las paredes tenían fotografías enmarcadas: Diego de niño, su madre (muerta hacía quince años), algunos momentos de la carrera periodística de su padre.

Y en el rincón, el escritorio.

El escritorio donde su padre había pasado incontables horas escribiendo columnas de opinión, leyendo artículos científicos, tomando notas en

esos cuadernos Moleskine que compraba en la librería de la señora Cheng.

Diego se acercó lentamente, como si el escritorio fuera territorio sagrado que no debía profanarse con prisas.

La taza de té seguía ahí. Vacía ahora, pero con el anillo de té seco en el fondo. La taza que su padre estaba bebiendo cuando su corazón decidió detenerse. Diego la tomó con cuidado, sintiendo el peso ligero, imaginando a su padre sosteniéndola de la misma manera hacía apenas cuatro días.

Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo ignoró. Probablemente Marcela preguntando cómo estaba. O algún colega ofreciendo condolencias tardías. O alguna cuenta que le recordaba un pago vencido porque el mundo seguía funcionando indiferente a los duelos personales.

Dejó la taza donde estaba y abrió el primer cajón del escritorio.

Bolígrafos. Clips. Notas adhesivas amarillas con recordatorios mundanos: "Llamar al dentista", "Renovar suscripción NYT", "Comprar filtros de café". La evidencia de una vida que esperaba continuar.

El segundo cajón contenía archivos. Facturas, estados de cuenta bancarios, documentos de seguro. Las cosas aburridas que uno acumula por obligación.

El tercer cajón estaba cerrado con llave.

Diego lo intentó girar, pero no cedió. Buscó entre las llaves del llavero pero ninguna parecía del tamaño correcto. Estaba a punto de forzarlo cuando vio el sobre manila pegado con cinta adhesiva en la parte interior del cajón superior.

Lo despegó con cuidado. El sobre tenía escrito en la letra inconfundible de su padre: "Diego – Solo si necesitas entender".

Dentro había una pequeña llave dorada y una nota escrita a mano:

"Hijo: Si estás leyendo esto, probablemente significa que ya no puedo explicártelo en persona. El tercer cajón contiene los inicios de algo que he estado investigando. No es una historia completa. Son preguntas. Preguntas que alguien no quiere que se hagan.

No te sientas obligado a continuarla. Pero si decides hacerlo, ten cuidado. Esto va más allá de lo que imaginé cuando empecé.

Y Diego: Perdóname por no haber sido más directo. Quería protegerte manteniéndote fuera de esto. Ahora entiendo que la mejor protección es la verdad, no la ignorancia.

El archivo se llama 'Proyecto C'. Por 'Continuidad'.

Te quiero. Siempre.

Papá"

Diego tuvo que sentarse.

Las lágrimas que había contenido durante el funeral, durante las condolencias, durante el momento de arrojar tierra sobre el ataúd de roble obscenamente caro, finalmente brotaron. No dramáticamente. Silenciosamente. Solo lágrimas recorriendo su rostro mientras sostenía la nota con la letra de su padre y la pequeña llave dorada.

"Quería protegerte manteniéndote fuera de esto."

Su padre había estado investigando algo. Algo peligroso. Y no le había dicho nada.

Y Diego, ocupado con sus propias historias, con sus propias fechas límite, con su propio ego periodístico, no había devuelto esa última llamada. Esa llamada donde su padre le había dicho: *"Tengo algo que contarte sobre identidad y memoria."*

Diego se limpió las lágrimas con la manga de su camisa, respiró profundamente tres veces —un truco que había aprendido en terapia hacía años y raramente usaba—, y metió la llave en el tercer cajón.

Giró suavemente.

El cajón se abrió.

Dentro había tres cuadernos Moleskine negros, una carpeta manila gruesa, y una memoria USB.

Diego tomó el primer cuaderno y lo abrió. La primera página tenía la letra de su padre, pero más pequeña, más apretada, como si hubiera estado escribiendo rápido para capturar pensamientos antes de que se escaparan:

"Proyecto Continuidad – Notas iniciales

Hipótesis: Existe una red coordinada de institutos de investigación genética financiados por las mismas fuentes, trabajando en clonación humana avanzada. No clonación experimental o terapéutica, sino clonación con propósitos de 'continuidad de identidad'.

Pregunta central: ¿Por qué los líderes mundiales más poderosos financiarían secretamente investigación sobre clonación cuando públicamente todos se oponen a ella?

Respuesta tentativa: Porque creen que pueden usarla para ellos mismos."

Diego sintió algo frío recorrerle la espalda.

Pasó las páginas rápidamente. Nombres de científicos. Institutos en Ginebra, Singapur, São Paulo. Transferencias financieras rastreadas a través de tres capas de fundaciones fantasma. Notas sobre tecnología de "transferencia de memoria" y "preservación de patrones neuronales".

Y en una página, subrayado tres veces:

"Si esto es real, no se trata solo de inmortalidad biológica. Se trata de la congelación del poder. Los mismos líderes, las mismas ideologías, los

mismos errores, repitiéndose infinitamente. La muerte como motor de cambio social, eliminada."

Diego cerró el cuaderno.

Su padre no había estado escribiendo columnas de opinión sobre bioética. Había estado investigando una conspiración global.

Y había muerto antes de poder terminar.

Tomó la carpeta manila. Dentro había copias de artículos científicos, impresiones de transferencias bancarias, fotografías de edificios sin identificación, y un documento que parecía ser un reporte interno filtrado de un instituto en Suiza. El documento estaba en inglés y alemán, pero Diego pudo leer suficiente para entender que describía "procedimientos de continuidad biológica para sujetos de alto valor estratégico".

Sujetos de alto valor estratégico.

No pacientes. No voluntarios. Sujetos.

Finalmente tomó la memoria USB. Era negra, sin marca, del tipo que compras en cualquier tienda de electrónica. En ella había una etiqueta escrita a mano: "Evidencia – Mantener segura".

Diego se quedó inmóvil, sosteniendo la memoria USB, rodeado por los cuadernos y archivos de su padre, en el apartamento que olía todavía a té de manzanilla y libros viejos.

Tenía dos opciones.

Podía cerrar todo. Devolver los cuadernos al cajón. Entregar la memoria USB a la policía si le parecía que contenía algo ilegal. Vaciar el apartamento, vender los muebles, llorar apropiadamente a su padre, y seguir con su vida.

O podía hacer lo que su padre claramente había anticipado que haría: continuar la investigación.

Su teléfono vibró de nuevo. Esta vez lo revisó.

Era un mensaje de Marcela: *"¿Cómo estás? ¿Necesitas más días libres?"*

Diego miró alrededor del apartamento. Su padre había vivido aquí solo durante quince años, desde la muerte de su madre. Había escrito cientos de columnas desde ese escritorio. Había leído miles de libros en ese sofá. Había tomado incontables tazas de té mientras pensaba sobre la vida, la muerte, la identidad, la memoria.

Y en los últimos dos años, había descubierto algo que alguien no quería que descubriera.

Diego le respondió a Marcela: *"Estoy bien. Regreso el lunes. Tengo una historia que quiero investigar."*

Guardó los cuadernos, la carpeta y la memoria USB en su mochila. Cerró el cajón. Tomó la taza de té vacía de su padre y la lavó en la cocina, secándola cuidadosamente antes de devolverla a su lugar en la alacena.

Antes de irse, se detuvo en la puerta y miró el apartamento por última vez como el espacio donde su padre había vivido. La próxima vez que viniera, sería solo un apartamento que necesitaba ser vaciado.

Pero ahora, en este momento, todavía era el hogar de Roberto Solís.

Y Roberto Solís le había dejado a su hijo no solo un duelo, sino una pregunta.

Una pregunta peligrosa.

Diego cerró la puerta tras de sí y bajó las escaleras del edificio con su mochila llena del legado de su padre.

No sabía todavía qué haría con esa información. No sabía si su padre estaba en lo correcto o si había caído en algún tipo de teoría conspirativa en sus últimos años.

Pero sabía una cosa con certeza: no podía dejarlo sin respuesta.

No después de no haber devuelto esa última llamada.

No después de haber pasado tres meses sin visitarlo.

No después de haber elegido sus propias historias sobre el tiempo con su padre.

Esta sería su forma de continuar a su padre. No preservando su memoria como estatua intocable, sino transformando su investigación inconclusa en verdad verificable.

Su padre había escrito en su cuaderno: *"No me preserves. Continúame."*

Diego caminó hacia su auto bajo el cielo gris de un día que se negaba a ser ni soleado ni lluvioso, atrapado en una ambigüedad que parecía perfectamente apropiada para el momento.

Puso la mochila en el asiento del pasajero, donde tantas veces su padre se había sentado durante los viajes que hacían juntos cuando Diego era más joven.

Y condujo de regreso a su apartamento, sin saber todavía que acababa de tomar la decisión más peligrosa de su vida.

Ni que en tres meses, esa decisión lo llevaría a recibir una llamada de una mujer misteriosa que le preguntaría: *"¿Qué cree usted que hace que una persona sea ella misma?"*

Una pregunta que su padre había pasado los últimos dos años de su vida intentando responder.

Y que Diego estaba a punto de responder de la manera más peligrosa posible: investigándola.

CAPÍTULO 1

EL LEGADO ES UNA PREGUNTA

Diego Solís observaba la pantalla de su computadora como si los píxeles pudieran reorganizarse en una verdad diferente. La misma fotografía que había analizado durante tres semanas: un grupo de científicos saliendo de un edificio sin identificación en las afueras de Ginebra. Rostros borrosos, postura incómoda de quien sabe que está siendo fotografiado sin permiso. Nada concluyente. Nada publicable.

Su escritorio en la redacción de *El Observador* acumulaba la evidencia de su estancamiento: tazas de café a medio terminar, notas adhesivas con preguntas que generaban más preguntas, una biografía no autorizada del presidente chino con párrafos subrayados que ya no recordaba por qué le habían parecido importantes.

Y en la esquina, casi oculta bajo un montón de carpetas, la fotografía enmarcada que había traído del apartamento de su padre después del funeral. Su padre en los años ochenta, joven, sosteniendo un micrófono frente a un edificio gubernamental. La imagen lo incomodaba y por eso la mantenía medio escondida. No porque le doliera verla, sino porque ya no le dolía tanto como debería.

Seis meses. Seis meses desde el infarto que encontró a su padre solo en casa, con una taza de té todavía caliente sobre la mesa. Diego había llegado demasiado tarde para la última conversación, demasiado tarde para las preguntas que ahora le parecían urgentes. ¿Qué había querido decirle su padre en ese último mensaje de voz que Diego ignoró porque estaba persiguiendo una exclusiva sobre corrupción municipal? "Llámame cuando puedas, hijo. Tengo algo que contarte sobre identidad y memoria. Sé que suena abstracto, pero creo que te interesará para tu trabajo."

Nunca devolvió esa llamada.

—¿Solís? ¿Sigues vivo o te convertiste en parte del mobiliario?

Marcela Torres, su editora, se había materializado junto a su escritorio con esa habilidad inquietante que tienen los buenos periodistas de aparecer justo cuando uno preferiría estar solo.

—Pensando —respondió Diego sin apartar la mirada de la pantalla.

—Pensar es bueno. Publicar es mejor. —Marcela se apoyó en el borde del escritorio, bloqueando parcialmente su vista—. Tres semanas en esa foto. ¿Qué tienes?

—Una corazonada.

—Las corazonadas no pagan la renta. ¿Qué más?

Diego suspiró y giró en su silla para enfrentarla. Marcela tenía cincuenta y tantos años, una carrera construida sobre exclusivas que habían

derribado dos gobernadores y un ministro, y una impaciencia legendaria con el trabajo a medias.

—Tengo un patrón —dijo Diego—. Seis institutos de investigación genética en tres continentes. Todos recibiendo fondos de las mismas tres fundaciones fantasma. Todos trabajando en proyectos clasificados relacionados con "extensión de identidad biológica", sea lo que sea que eso signifique.

—¿Y?

—Y nadie habla. Ni los científicos, ni los administradores, ni siquiera los becarios. Es un silencio demasiado perfecto. El tipo de silencio que cuesta dinero mantener.

Marcela cruzó los brazos. Diego conocía esa postura. Significaba que estaba interesada pero no convencida.

—Genética, fundaciones, silencio coordinado —enumeró ella—. Dame el gancho. Dame por qué alguien en su desayuno va a querer leer esto en lugar de ver videos de gatos.

—Porque uno de esos institutos estuvo involucrado en un escándalo de clonación humana en los noventa. Se supone que cerró. Pero sigue recibiendo fondos.

—¿Clonación? —Marcela arqueó una ceja—. ¿Vamos a revivir el pánico moral de los noventa? Pensé que eras más sofisticado.

—No es sobre la ética de clonar —dijo Diego, sintiendo por primera vez en semanas que su investigación tenía una columna vertebral—. Es sobre por qué alguien querría hacerlo en secreto ahora. La tecnología existe. Los debates éticos ya sucedieron. Entonces, ¿por qué esconderse?

Marcela lo estudió en silencio durante un momento demasiado largo.

—Tu padre trabajó en algo relacionado, ¿verdad? —preguntó con cuidado—. Bioética o algo así en sus últimos años.

La pregunta lo golpeó en un lugar que no esperaba.

—Él escribía columnas de opinión sobre tecnología médica —respondió Diego, manteniendo la voz neutral—. Nada investigativo.

—Pero algo te dejó. Alguna pregunta.

Diego no respondió inmediatamente. Pensó en ese mensaje de voz que había escuchado por primera vez tres días después del funeral, cuando finalmente tuvo el coraje de revisar el teléfono de su padre. *"Algo sobre identidad y memoria."* ¿Qué había descubierto su padre? ¿Por qué sonaba tan urgente?

—Me dejó la impresión de que hay preguntas importantes que no estamos haciendo —dijo finalmente.

Marcela asintió lentamente, como si eso confirmara algo que ya sospechaba.

—Dos semanas más —dijo—. Si en dos semanas no tienes algo sólido, te reasigno a la cobertura de elecciones municipales. Y Solís, una cosa más. —Se detuvo antes de alejarse—. A veces investigamos cosas no porque sean las historias más importantes, sino porque son las historias que necesitamos responder para nosotros mismos. Está bien. Pero eventualmente tienes que decidir si estás escribiendo para tus lectores o para el fantasma de tu padre.

Se fue antes de que Diego pudiera responder, lo cual probablemente era su intención.

Diego volvió a girar hacia su pantalla, pero ahora la fotografía de los científicos en Ginebra le parecía diferente. No eran solo sujetos de investigación. Eran personas que habían decidido que algo valía la pena ocultar. Personas que creían en un secreto lo suficientemente importante como para coordinar el silencio entre continentes.

Su teléfono vibró. Un mensaje de un número desconocido:

"Señor Solís. Leí su artículo del año pasado sobre memorias digitales y permanencia de identidad. Me gustaría hablar con usted sobre un proyecto que creo encontrará... relevante. ¿Conoce el Proyecto Continuidad? Llámeme a este número solo una vez. Si no contesto, no vuelva a intentar. Si contesto, prepare preguntas inteligentes. No tendrá mucho tiempo."

Diego releyó el mensaje tres veces. *Proyecto Continuidad.* Nunca había escuchado ese nombre, pero algo en su formulación le erizó la piel. No "Proyecto de Continuidad" sino simplemente "Continuidad", como si fuera un concepto, no una iniciativa.

Miró la hora. 6:47 PM. La redacción se estaba vaciando. En su escritorio, medio oculta bajo las carpetas, la fotografía de su padre con el micrófono lo observaba con esa expresión que ahora le parecía menos nostálgica y más parecida a una pregunta sin responder.

"Algo sobre identidad y memoria."

Diego marcó el número.

Sonó una vez. Dos veces. Al tercer timbre, una voz de mujer, profesional pero cautelosa:

—¿Señor Solís?

—Sí.

—Bien. Primera pregunta inteligente: ¿Qué cree usted que hace que una persona sea ella misma?

Diego parpadeó. No era la pregunta que esperaba. No era el comienzo de ninguna entrevista periodística normal.

—¿Perdón?

—Su padre pasó los últimos dos años de su vida pensando en esa pregunta —dijo la mujer—. Y creo que encontró una respuesta que alguien no quería que encontrara. Si quiere saber qué descubrió, encontrémonos mañana a las 10 AM en el Café Episteme, en la calle Hume. Mesa del fondo. Venga solo. Y señor Solís, una cosa más.

—¿Sí?

—No traiga su teléfono habitual. Ni su computadora. Ni nada con GPS. Si esto es tan importante como creo, ya están observándolo. Simplemente todavía no saben que usted sabe algo que vale la pena ocultar.

La llamada se cortó.

Diego se quedó inmóvil, el teléfono todavía contra su oreja, procesando lo que acababa de escuchar. *"Su padre pasó los últimos dos años de su vida pensando en esa pregunta."*

¿Su padre estaba investigando algo? ¿Algo relacionado con identidad y clonación? ¿Por qué no le había dicho nada?

Y más perturbador aún: ¿por qué esa mujer creía que alguien ya lo estaba observando?

Guardó su teléfono y miró alrededor de la redacción casi vacía. Todo parecía normal. Las luces fluorescentes parpadeando ligeramente. El murmullo de la impresora del departamento legal. El vigilante haciendo su ronda habitual.

Todo normal.

Pero ahora, cada elemento de normalidad le parecía una pregunta sin responder.

Tomó la fotografía de su padre de debajo de las carpetas y la estudió con nueva atención. En la imagen, su padre estaba haciendo lo que mejor hacía: buscando respuestas en lugares donde otros veían solo edificios grises y burocracia.

Diego nunca había querido ser como su padre. Había elegido el periodismo de investigación precisamente porque era diferente del trabajo de opinión que su padre hacía. Hechos, no filosofía. Evidencia, no especulación.

Pero ahora, sosteniendo esa fotografía, comprendió algo incómodo: tal vez su padre no había estado especulando. Tal vez había estado investigando. Y tal vez Diego había heredado una historia sin saber que la estaba heredando.

Guardó la fotografía en su mochila. Mañana a las 10 AM. Café Episteme. Sin teléfono con GPS.

Y una pregunta que no podía sacarse de la cabeza: *¿Qué cree usted que hace que una persona sea ella misma?*

Su padre había pensado en esa pregunta durante dos años.

Diego tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir que la respuesta valía matar para ocultarla.

CAPÍTULO 2

LA MUJER QUE SABÍA DEMASIADO

Diego llegó al Café Episteme quince minutos antes de las diez, llevando solo un cuaderno de papel, un bolígrafo, y un teléfono desechable que había comprado esa misma mañana en una farmacia. Había dejado su teléfono habitual, su laptop, y hasta su reloj inteligente en su apartamento, sintiéndose simultáneamente paranoico y justificado en su paranoia.

El café estaba en una calle lateral del distrito universitario, el tipo de lugar que sobrevive atendiendo a estudiantes de filosofía que pasan cuatro horas tomando un solo café mientras leen a Kant. Las paredes estaban cubiertas de libros usados que los clientes podían comprar o intercambiar. El menú ofrecía bebidas con nombres como "El Espresso de Sartre" y "El Capuchino de Camus". Diego pidió un americano simple, pagó en efectivo, y se sentó en la mesa del fondo donde podía ver tanto la entrada principal como la puerta trasera que daba al callejón.

Viejos hábitos periodísticos. Siempre saber dónde están las salidas.

A las diez en punto exactamente, una mujer entró al café. Cuarenta y tantos años, cabello castaño corto, lentes con montura metálica, ropa profesional pero no llamativa. Llevaba un maletín de cuero gastado y un paraguas a pesar de que el pronóstico no anunciaba lluvia. Escaneó el café con la eficiencia de alguien entrenado para evaluar espacios rápidamente, hizo contacto visual con Diego durante medio segundo, y caminó directamente hacia su mesa.

No pidió café primero. Eso le dijo a Diego que no planeaba quedarse mucho tiempo.

Se sentó frente a él sin pedir permiso y colocó el maletín sobre sus piernas, manteniéndolo cerrado.

—Señor Solís. Gracias por venir. Y gracias por seguir las instrucciones sobre los dispositivos electrónicos.

—¿Cómo sabe que no traje mi teléfono?

—Porque si lo hubiera traído, yo no estaría aquí. Habría visto su señal de GPS acercándose y me habría ido. —Miró alrededor del café con la misma eficiencia con que había evaluado la entrada—. ¿Trajo el cuaderno de su padre?

Diego sintió que su espalda se tensaba.

—¿Cómo sabe que mi padre tenía un cuaderno?

—Porque yo le di tres de ellos. Moleskine negros. Los prefería sobre los digitales porque son más difíciles de hackear. —Volvió su atención

completamente a Diego, y sus ojos detrás de los lentes eran intensos, evaluadores—. Mi nombre es Agripina Vargas. Soy bióloga molecular, o lo era hasta hace seis meses cuando decidí que mi carrera valía menos que mi conciencia. Su padre y yo habíamos estado trabajando juntos durante aproximadamente un año antes de su muerte.

—Mi padre era periodista de opinión, no investigador.

—Su padre era muchas cosas que usted no sabía. —Agripina abrió su maletín ligeramente, solo lo suficiente para sacar una fotografía, y la deslizó sobre la mesa—. ¿Reconoce este edificio?

Diego miró la foto. Era el mismo edificio sin identificación en Ginebra que había estado estudiando durante tres semanas. El mismo que aparecía en los archivos de su padre.

—Lo he visto. En las notas de mi padre. Instituto de Investigación Biológica Avanzada. O eso dice su fachada corporativa.

—Su fachada. Bien. Ya está pensando correctamente. —Agripina guardó la fotografía—. Ese edificio es una de siete instalaciones en el mundo donde se realiza investigación de clonación humana avanzada. No experimental. No terapéutica. Avanzada. Con el propósito específico de crear copias biológicas viables de individuos específicos.

Diego tomó su café, más por tener algo que hacer con las manos que por sed.

—La clonación humana reproductiva está prohibida en prácticamente todos los países.

—Prohibida. Exactamente. Lo cual hace que sea muy lucrativa para quienes pueden pagarla y muy peligrosa para quienes la descubren.

—¿Mi padre descubrió esto?

—Su padre fue más allá del descubrimiento. Él comprendió las implicaciones. —Agripina se inclinó ligeramente hacia adelante, bajando la voz aunque el café estaba prácticamente vacío excepto por un estudiante con audífonos en la otra esquina—. Señor Solís, ¿alguna vez se ha preguntado por qué ciertos líderes mundiales parecen nunca envejecer? ¿O por qué algunos líderes autoritarios de setenta años repentinamente comienzan a hablar sobre planes a cincuenta años vista? ¿O por qué hay presidentes y primeros ministros que sobreviven intentos de asesinato que deberían haber sido fatales, y cuando reaparecen en público semanas después, hay algo... diferente en ellos?

—Está sugiriendo que están siendo reemplazados por clones.

—No estoy sugiriendo nada. Estoy declarando un hecho que puedo documentar parcialmente y que su padre estaba a punto de documentar completamente antes de morir.

Diego dejó su taza sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—Mi padre murió de un infarto. Tenía historial de problemas cardíacos. Su médico lo confirmó.

—Su padre tenía un corazón perfectamente sano según sus exámenes de tres meses antes. Le hicieron una autopsia, ¿verdad?

—Sí. Estándar para muertes sin testigos.

—¿Y le mostraron los resultados completos?

—Me dijeron que fue un infarto masivo. Que no sufrió.

—¿Le mostraron los resultados toxicológicos completos?

Diego no respondió inmediatamente. No le habían mostrado nada específico. El médico forense le había dado un resumen verbal, había firmado algunos papeles, y había recibido el certificado de defunción una semana después. Había estado tan sumergido en el shock y el dolor que no había cuestionado nada.

Agripina pareció leer su silencio correctamente.

—Hay compuestos que pueden inducir infartos que parecen completamente naturales. Particularmente en hombres de edad avanzada con cualquier factor de riesgo previo. Son caros, requieren administración específica, y solo los usan personas con recursos considerables y motivaciones urgentes. —Hizo una pausa—. Su padre me llamó dos días antes de morir. Me dijo que finalmente había conseguido la evidencia que necesitaba. Que tenía documentos internos de uno de los institutos. Que iba a publicar en menos de una semana.

—¿Y usted cree que lo mataron para silenciarlo?

—Yo sé que lo consideraron una amenaza. No puedo probar que lo mataran, pero sí puedo probar que tres días después de su muerte, todos los archivos digitales en sus servidores en la nube fueron borrados remotamente. Su cuenta de correo fue eliminada. Sus respaldos en línea desaparecieron. Alguien limpió meticulosamente cualquier evidencia digital que su padre hubiera acumulado.

Diego sintió algo frío y pesado instalarse en su estómago.

—Yo tengo sus cuadernos físicos. Y una memoria USB.

Los ojos de Agripina se agrandaron ligeramente detrás de sus lentes.

—¿La memoria USB etiquetada "Evidencia"?

—Sí.

—¿La ha abierto?

—No todavía. Quería entender primero qué estaba buscando.

Agripina cerró los ojos brevemente, como si estuviera agradeciendo a alguna deidad secular.

—Esa memoria contiene documentos que su padre obtuvo de una fuente dentro del Instituto de Ginebra. Contratos de servicios de clonación. Cronogramas de procedimientos. Y lo más importante, una lista parcial

de clientes. —Abrió los ojos y miró directamente a Diego—. Su padre murió antes de poder verificar completamente la autenticidad de esos documentos. Yo puedo verificarlos. Pero necesito esa memoria.

—¿Por qué debería confiar en usted? Ni siquiera sé quién es realmente.

—Porque si quisiera lastimarlo, habría maneras mucho más eficientes que citarlo en un café público. Y porque su padre confió en mí. —Agripina sacó algo más de su maletín, otra fotografía, y la colocó sobre la mesa—. Esta foto fue tomada hace ocho meses. Reconocerá a su padre. El hombre junto a él soy yo, antes de cortarme el cabello y cambiar mi apariencia general.

Diego estudió la fotografía. Efectivamente, su padre estaba ahí, de pie junto a alguien que, si uno miraba con atención, podía reconocer como Agripina bajo una apariencia diferente. Estaban en algún parque, conversando junto a una fuente.

—¿Por qué cambió su apariencia?

—Porque dos de mis colegas que trabajaban en investigación similar han muerto en accidentes en los últimos ocho meses. Un atropello y fuga en Barcelona. Una caída fatal de un balcón en Singapur. Ambos estaban haciendo preguntas incómodas sobre los mismos institutos que su padre investigaba. —Agripina guardó la fotografía—. No creo en las coincidencias, señor Solís. Y después de un tiempo en este trabajo, uno desarrolla un instinto sobre cuándo es momento de desaparecer.

—Pero no desapareció del todo. Me contactó.

—Porque necesito terminar lo que su padre comenzó. Y porque usted es periodista. Yo soy científica. Puedo verificar datos, puedo confirmar procedimientos, puedo leer papers técnicos que para usted serían incomprensibles. Pero no puedo escribir la historia de manera que el mundo la escuche. No tengo las conexiones, la plataforma, ni francamente, el talento narrativo. —Se inclinó aún más cerca—. Su padre sí lo tenía. Y usted lo heredó.

Diego pensó en los tres meses que había pasado persiguiendo esta historia sin llegar a ninguna parte. Pensó en las puertas cerradas, los científicos que se negaban a hablar, el silencio coordinado que había encontrado en cada institución.

—Si esto es real, si realmente están clonando líderes mundiales, ¿por qué? ¿Qué sentido tiene? Un clon sería biológicamente idéntico pero no tendría las mismas memorias, experiencias, personalidad.

Agripina sonrió, pero no era una sonrisa feliz.

—Esa es exactamente la pregunta correcta. Y la respuesta es la parte más aterradora. —Bajó la voz aún más—. No están solo clonando cuerpos, señor Solís. Están intentando transferir identidad. Memorias, patrones de pensamiento, todo lo que hace que una persona sea quien

es. Están intentando hacer que la muerte sea opcional para quienes pueden pagar por ello.

—Eso es imposible. La conciencia no es algo que se pueda copiar como un archivo digital.

—¿Está seguro? Porque hay varios multimillonarios y líderes autoritarios que están apostando sumas obscenas de dinero a que sí es posible. Y los resultados preliminares sugieren que no están completamente equivocados.

Diego sintió que el café a su alrededor se volvía irreal, como si estuviera teniendo esta conversación en un sueño.

—¿Está diciendo que ya lo lograron?

—Estoy diciendo que están cerca. Muy cerca. Y que las implicaciones de lograrlo van mucho más allá de la inmortalidad personal. —Agripina hizo una pausa, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Imagine un mundo donde los líderes nunca mueren. Donde el mismo dictador puede gobernar durante siglos. Donde el cambio generacional, que ha sido el motor de progreso social durante toda la historia humana, simplemente... se detiene. Donde los errores del pasado nunca son reemplazados por nuevas perspectivas porque las viejas perspectivas nunca desaparecen.

—Mi padre escribió algo sobre eso. Sobre la muerte como motor de cambio social.

—Su padre entendió que esto no era solo sobre ciencia o ética. Era sobre el futuro de la humanidad. —Agripina cerró su maletín—. Por eso lo mataron, si es que lo mataron. No por exponer procedimientos ilegales, sino por hacer la pregunta filosófica correcta en voz alta: ¿queremos realmente un mundo sin muerte?

Diego miró su café, ahora frío. Pensó en su padre escribiendo en su cuaderno, reflexionando sobre identidad y transformación. Pensó en esa última nota: "No me preserves. Continúame."

—¿Qué necesita de mí exactamente?

—La memoria USB, para verificar los documentos. Sus cuadernos, para conectar los puntos que su padre identificó. Y su compromiso de publicar la historia completa cuando tengamos evidencia suficiente. —Agripina se puso de pie, preparándose para irse—. Pero señor Solís, antes de comprometerse, necesita entender algo: si continúa con esto, su vida cambiará. No podrá deshacerlo. Y estará en peligro.

—Mi padre ya tomó esa decisión por mí cuando dejó sus notas.

—Su padre era un hombre de setenta y dos años que había vivido una vida completa. Usted tiene treinta y ocho. Tiene décadas por delante si elige una vida diferente.

Diego pensó en los últimos seis meses. El duelo no procesado. La culpa. La sensación constante de haber fallado a su padre en vida. Y ahora, la oportunidad de continuar su trabajo. De transformar esa culpa en algo útil.

—¿Dónde nos vemos para entregarle la memoria?

Agripina lo estudió durante un largo momento, evaluando algo que Diego no podía identificar.

—Mañana. Dos de la tarde. El Jardín Botánico, sección de plantas tropicales. Traiga la memoria y un cuaderno. Yo traeré las herramientas para verificar la autenticidad de los documentos. —Se giró para irse, luego se detuvo—. Y señor Solís, una cosa más. No le cuente a nadie sobre esta conversación. Ni a su editora, ni a sus amigos, ni siquiera a su familia si la tiene. Mientras menos personas sepan, más seguro estará.

—¿Cómo me contactará si algo cambia?

—Yo lo contactaré. Usted no tiene forma de contactarme. Es más seguro así.

—¿Y si no viene mañana? ¿Si algo le pasa?

Agripina sonrió de nuevo con esa sonrisa que no era feliz.

—Entonces sabrá que tenía razón sobre el peligro. Y tendrá que decidir si continúa solo o si deja que la historia muera con su padre.

Se fue sin decir nada más, dejando a Diego solo en la mesa del fondo del Café Episteme, rodeado de libros de filosofía usados y las preguntas más peligrosas que había enfrentado en su carrera.

Terminó su café frío de un trago, dejó dinero sobre la mesa, y salió del café con la sensación de que acababa de cruzar un umbral invisible.

Durante el camino de regreso a su apartamento, se descubrió mirando a los autos que lo seguían por más de dos cuadras. Evaluando a los peatones que caminaban detrás de él. Preguntándose si esa camioneta blanca estacionada frente a su edificio había estado ahí esa mañana.

No sabía si era paranoia justificada o si estaba cayendo en el tipo de pensamiento conspirativo que arruinaba carreras periodísticas.

Pero pensó en su padre. En esos dos años de investigación secreta. En esa última llamada no devuelta. En la posibilidad, cada vez menos remota, de que su padre no hubiera muerto de causas naturales.

Y pensó en la pregunta que Agripina le había hecho por teléfono: "¿Qué cree usted que hace que una persona sea ella misma?"

Si realmente estaban intentando transferir identidad, clonar no solo cuerpos sino conciencias, entonces la respuesta a esa pregunta no era solo filosófica.

Era la clave de todo.

Y su padre había pasado los últimos dos años de su vida buscándola.

Diego entró a su apartamento, cerró la puerta con doble seguro, y sacó la memoria USB del bolsillo donde la había guardado esa mañana.

Tan pequeña. Tan ordinaria. Tan peligrosa.

Mañana se la entregaría a Agripina. Mañana comenzaría oficialmente a continuar el trabajo de su padre.

Pero esa noche, en la privacidad de su apartamento, con todas las cortinas cerradas y su teléfono habitual guardado en un cajón, Diego insertó la memoria USB en su laptop desconectada de internet.

Necesitaba saber qué había visto su padre.

Necesitaba saber por qué había valido la pena morir.

Los archivos se abrieron lentamente. Documentos PDF escaneados. Hojas de cálculo con números que no tenían sentido inmediato. Fotografías de documentos oficiales con sellos y firmas.

Y un archivo de video.

Diego lo abrió.

La imagen era granulosa, claramente filmada en secreto con una cámara oculta. Mostraba una sala de conferencias lujosa. Cinco hombres sentados alrededor de una mesa. Diego reconoció a tres de ellos inmediatamente: líderes de países que aparecían regularmente en las noticias internacionales.

Y estaban discutiendo, en inglés con varios acentos, los detalles de sus propios procedimientos de clonación.

Diego subió el volumen.

"—el proceso de transferencia de memoria sigue siendo imperfecto," decía uno de ellos. "Las primeras cuarenta y ocho horas son las más críticas. El sujeto receptor necesita aislamiento completo mientras la integración neuronal se estabiliza."

"¿Y la degradación cognitiva?" preguntó otro. "Los reportes del Instituto de Singapur mencionan pérdida de memoria episódica en aproximadamente quince por ciento de los casos."

"Aceptable," respondió un tercero. "Esos son recuerdos periféricos. La identidad central permanece intacta."

El video continuaba durante veintisiete minutos más, detallando cronogramas, costos, ubicaciones de procedimientos, y algo que llamaban "protocolo de contingencia" para el caso de que un clon fuera descubierto.

Diego pausó el video.

Respiró.

Intentó procesar lo que acababa de ver.

Y comprendió, con absoluta claridad, que su padre había tenido razón.

Todo era real.

Y Agripina también había tenido razón: su vida acababa de cambiar irreversiblemente.

No podía deshacerlo.

Solo podía decidir qué hacer a continuación.

Miró la hora. Once de la noche. Trece horas hasta su encuentro con Agripina en el Jardín Botánico.

Trece horas para decidir si realmente estaba dispuesto a seguir este camino hasta el final.

Pensó en su padre, escribiendo en su cuaderno: "Las preguntas peligrosas son las únicas que valen la pena hacer."

Diego copió todo el contenido de la memoria USB a su laptop, creó tres copias de respaldo en memorias separadas, y escondió una en su apartamento, otra en su oficina, y la tercera se la envió por correo postal a sí mismo a una dirección diferente.

Viejos trucos periodísticos para proteger fuentes y evidencia.

Pero ahora, por primera vez en su carrera, tenía la sensación de que no estaba protegiendo una historia.

Estaba protegiéndose de personas que habían perfeccionado el arte de hacer que las muertes parecieran naturales.

Se acostó esa noche pero no durmió.

Pensó en su padre.

En identidad y memoria.

En qué significa continuar a alguien.

Y en si estaba dispuesto a arriesgar su vida por una historia que, si era cierta, cambiaría el mundo.

A las tres de la mañana, finalmente se durmió.

Y soñó con su padre, sentado en su escritorio, escribiendo en su cuaderno, bebiendo té de manzanilla.

En el sueño, su padre levantó la vista y le sonrió.

"No me preserves," dijo. "Continúame."

Y Diego despertó sabiendo que ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 3

EL JARDÍN Y LA SENTENCIA

El Jardín Botánico a las dos de la tarde tenía esa cualidad soñolienta que adquieren los espacios públicos cuando el calor del mediodía ahuyenta a las multitudes. Diego caminó por los senderos de grava, pasando jardines de cactáceas y arbustos nativos, hasta llegar a la sección de

plantas tropicales: un invernadero de cristal donde la humedad golpeaba como una pared invisible.

Agripina ya estaba ahí, estudiando una orquídea con la concentración de quien realmente entiende botánica. Llevaba ropa diferente a la del día anterior, cabello recogido de otra manera, lentes con montura distinta. Diego comenzaba a entender que Agripina Vargas era alguien que cambiaba de apariencia con la misma facilidad con que otros cambian de camisa.

No se saludaron. Agripina simplemente extendió la mano y Diego le entregó la memoria USB envuelta en un pañuelo de papel. Ella la guardó en su bolso sin revisarla.

—¿La abrió? —preguntó Agripina, sin apartar la vista de la orquídea.

—Sí.

—¿Vio el video?

—Lo vi.

Agripina finalmente lo miró. Sus ojos detrás de los nuevos lentes buscaban algo en la expresión de Diego. Miedo, quizás. O incredulidad. O el tipo de shock que hace que las personas racionales se retracten de investigaciones peligrosas.

—Y sin embargo vino —dijo ella.

—Mi padre vio ese video y continuó investigando. Yo haré lo mismo.

—Su padre era un idealista. Los idealistas mueren jóvenes o mueren viejos habiendo vivido vidas complicadas. —Agripina se giró hacia las plantas, caminando lentamente entre los senderos del invernadero—. ¿Sabe por qué estos jardines mantienen plantas tropicales en un clima que las mataría naturalmente?

—Supongo que control ambiental. Temperatura, humedad.

—Exactamente. Crean una burbuja artificial donde estas plantas pueden existir fuera de su contexto natural. —Agripina tocó suavemente una hoja brillante—. Eso es lo que están intentando hacer esos hombres en el video. Crear una burbuja artificial donde ellos puedan existir fuera del contexto natural de la mortalidad humana.

—¿Ha verificado la autenticidad del video?

—Parcialmente. Los metadatos confirman que fue filmado hace aproximadamente ocho meses en un hotel de Ginebra durante una cumbre económica mundial. Los tres rostros que reconoció son verificables. Los otros dos he logrado identificar provisionalmente: uno es un oligarca ruso, el otro un empresario tecnológico chino. Ambos con fortunas que superan los cincuenta mil millones de dólares.

Diego sacó su cuaderno de papel. Viejos hábitos.

—¿Tiene pruebas de que los procedimientos de clonación realmente funcionan?

Agripina caminó hacia un banco al fondo del invernadero, donde la vegetación era más densa y las posibilidades de ser escuchados eran mínimas.

—Tengo evidencia circunstancial. El Primer Ministro de Malasia sufrió un derrame cerebral severo hace dos años. Estuvo en coma durante tres semanas. Los médicos dijeron que el daño neurológico sería permanente, que probablemente nunca volvería a hablar coherentemente. —Agripina hizo una pausa—. Seis meses después reaparece en público, completamente funcional, dando discursos complejos, sin el más mínimo signo de deterioro cognitivo.

—Recuperación milagrosa. Sucede.

—¿Sucede que alguien con daño severo en el lóbulo frontal izquierdo repentinamente pueda hablar tres idiomas fluidamente? ¿Sucede que su firma en documentos oficiales después de la supuesta recuperación sea ligeramente diferente de su firma anterior?

Diego escribió rápidamente. —¿Está sugiriendo que lo reemplazaron con un clon?

—Estoy sugiriendo que hay demasiadas anomalías para ser coincidencia. Y no es el único caso. —Agripina sacó una carpeta delgada de su bolso —. Siete líderes mundiales en los últimos cinco años han tenido episodios médicos graves seguidos de recuperaciones inexplicables. Tres de ellos aparecen en su lista de clientes.

Diego tomó la carpeta y comenzó a hojearla. Fotografías de antes y después. Análisis de firmas. Reportes médicos filtrados.

—Esto no es prueba definitiva —dijo finalmente.

—Por supuesto que no. Por eso su padre pasó dos años investigando. Necesitaba algo irrefutable. Y creo que lo encontró justo antes de morir.

—¿Qué encontró?

Agripina guardó silencio durante un momento demasiado largo. Cuando finalmente habló, su voz tenía una cualidad diferente. Más suave. Más humana.

—No lo sé exactamente. Pero me llamó dos noches antes de su muerte. Estaba eufórico. Dijo que finalmente tenía la pieza que faltaba. Que había encontrado a alguien dentro del sistema dispuesto a hablar. Un técnico de laboratorio en el Instituto de Ginebra. Su padre iba a encontrarse con él al día siguiente.

—¿Y?

—Y su padre murió esa misma noche. Y el técnico desapareció tres días después. Nadie lo ha visto desde entonces.

Diego sintió algo frío instalarse en su columna vertebral.

—¿Cree que los mataron a ambos?

—Creo que su padre se acercó demasiado. Y creo que el técnico está muerto o escondido tan profundamente que podría estar muerto.

Permanecieron en silencio. Alrededor de ellos, las plantas tropicales crecían en su burbuja artificial, ajenas a las conspiraciones humanas, ajenas a la mortalidad y sus imitaciones.

—¿Qué necesita de mí ahora? —preguntó Diego.

—Tiempo. Necesito tres semanas para verificar completamente los documentos en esa memoria. Para rastrear las transferencias financieras. Para confirmar identidades. Usted necesita ese tiempo para preparar la historia. Para decidir cómo va a publicarla sin que lo maten antes de que salga.

—¿Y después de tres semanas?

—Después nos encontramos de nuevo. Yo traigo la verificación científica. Usted trae el artículo. Y juntos decidimos si realmente queremos tirar esta granada en el mundo.

Agripina se puso de pie, preparándose para irse. Pero se detuvo y miró a Diego con una intensidad que él no había visto antes.

—Señor Solís, una última cosa. Su padre me preguntó algo dos semanas antes de morir. Me preguntó si yo creía que la identidad podía preservarse intacta después de la muerte. Le dije que no, que la identidad es un proceso emergente del cerebro viviente, no una cosa que se pueda copiar y pegar. —Agripina hizo una pausa—. Me preguntó entonces qué pensaba que permanecía. Le dije que no sabía. Y él me respondió algo que no he podido olvidar.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo: permanece la transformación que causaste en otros. No tú mismo, sino tu efecto. Como las ondas en un estanque después de que la piedra ya se hundió.

Diego sintió un nudo en la garganta.

—Eso suena exactamente como algo que mi padre diría.

—Lo era. Y creo que por eso lo mataron. No por descubrir una conspiración, sino por hacer la pregunta correcta en voz alta: ¿vale la pena preservar la identidad si el costo es congelar el cambio?

Agripina se fue sin despedirse, desapareciendo entre la vegetación tropical como un espejismo en el calor denso del invernadero.

Diego se quedó sentado en el banco, rodeado de plantas que existían en una burbuja artificial, mantenidas vivas en un ambiente que naturalmente las mataría.

Pensó en los hombres del video. En su desesperación por crear sus propias burbujas artificiales. En su rechazo a aceptar lo que todas las

plantas, todos los animales, todos los seres humanos eventualmente deben aceptar.

Que la vida es un préstamo temporal.

Y que el tiempo siempre cobra su deuda.

A tres mil kilómetros de distancia, en un hospital universitario, una mujer llamada Enelda recibía una sentencia que ninguna burbuja artificial podía posponer.

—Seis meses —dijo el Dr. Álvarez, sus manos cruzadas sobre el escritorio con esa formalidad que los médicos adoptan cuando entregan malas noticias—. Quizás un poco más con tratamiento agresivo, pero la calidad de vida se deterioraría significativamente.

Enelda miró por la ventana del consultorio. Era un día común. El sol brillaba. Los autos circulaban. La gente caminaba por las aceras con la urgencia casual de quienes tienen todo el tiempo del mundo.

Ella ya no pertenecía a ese mundo.

—¿Qué tan agresivo? —preguntó, su voz extrañamente calmada.

—Quimioterapia de alta dosis. Radioterapia. Hay un tratamiento experimental que podría darle unos meses adicionales, pero los efectos secundarios...

—¿Cuánto tiempo adicional? ¿Con el tratamiento experimental?

El Dr. Álvarez ajustó sus lentes. Un gesto inconsciente de incomodidad.

—Tres meses. Tal vez cuatro.

—¿A cambio de?

—Náuseas constantes. Pérdida de cabello. Fatiga extrema. Daño neurológico menor. Básicamente, cambiar seis meses de vida relativamente funcional por nueve o diez meses de existencia disminuida.

Enelda asintió lentamente. Había algo absurdamente matemático en la forma en que se negociaba con la muerte. Como regatear en un mercado. Un poco más de tiempo a cambio de un poco más de sufrimiento.

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto. Pero Enelda, necesito que entienda algo. —El Dr. Álvarez se inclinó hacia adelante, abandonando por un momento su profesionalismo clínico—. He estado en oncología durante veinticinco años. He visto a cientos de pacientes enfrentar esta decisión. Los que eligen pelear hasta el final a veces ganan meses. Los que eligen calidad sobre cantidad a veces ganan algo más valioso.

—¿Qué ganan?

—Tiempo consciente. Tiempo lúcido. Tiempo para despedirse apropiadamente. Para decir las cosas que necesitan decir. Para experimentar sus últimos meses sin estar nublados por la quimioterapia.

Enelda lo miró directamente.

—¿Qué elegiría usted, Doctor?

El Dr. Álvarez no respondió inmediatamente. Era una pregunta que probablemente le habían hecho cientos de veces y que probablemente nunca respondía.

Pero esta vez lo hizo.

—Yo elegiría claridad sobre cantidad. Pero eso es solo mi opinión. Y no es mi decisión.

Enelda salió del hospital en un estado que no era shock ni negación. Era algo más extraño. Una claridad brutal. Como si alguien hubiera quitado un filtro de su visión y ahora todo se veía con una nitidez dolorosa.

El estacionamiento. Los árboles. El cielo. Todo parecía más real de lo que había sido esa mañana cuando entró al hospital como una mujer con un futuro indefinido y salió como una mujer con una fecha de vencimiento.

Su esposo Gonzalo la esperaba en el auto. Enelda pudo ver en su rostro que él ya sabía. Los médicos tienen esa expresión particular cuando las noticias son malas. Gonzalo la había visto.

—¿Qué dijeron? —preguntó cuando ella se sentó, aunque claramente ya lo sabía.

—Seis meses.

Gonzalo cerró los ojos. Sus manos apretaron el volante con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Hay tratamientos —dijo, su voz quebrándose—. Experimentales. Podemos ir a Houston. A la clínica Mayo. Buscar segundas opiniones.

—Gonzalo.

—Podemos vender la casa si es necesario. Puedo pedir prestado. Mi hermano tiene contactos en—

—Gonzalo. —Enelda puso su mano sobre la de él—. Seis meses. Con o sin tratamiento. La diferencia es cómo voy a pasar esos seis meses.

—No puedes rendirte.

—No me estoy rindiendo. Estoy eligiendo.

Gonzalo la miró con una expresión que contenía tanto amor como desesperación. Quince años de matrimonio. Quince años de planes futuros. Viajes que nunca tomarían. Aniversarios que nunca celebrarían. Nietos que nunca conocería.

Todo eso muriendo en este momento, en este estacionamiento de hospital, bajo un sol indiferente.

—No sé cómo hacer esto —murmuró él.

—Yo tampoco —respondió Enelda—. Pero creo que lo averiguaremos juntos.

Durante el camino a casa, ninguno habló. Gonzalo conducía con cuidado excesivo, como si el auto contuviera algo infinitamente frágil. Enelda miraba por la ventana, observando el mundo con sus nuevos ojos.

Un niño en bicicleta. Una pareja discutiendo en la parada del autobús. Un perro persiguiendo su cola en un jardín. Escenas mundanas que de repente parecían cargadas de significado.

Cuando llegaron a casa, Enelda no entró inmediatamente. Se quedó de pie frente a la puerta, mirando la casa donde había vivido durante diez años. La casa donde había planeado envejecer. La casa que ahora tendría que dejar mucho antes de lo planeado.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Gonzalo.

—Estoy pensando que esta casa me sobrevivirá. Que estos árboles me sobrevivirán. Que toda esta vida continua e indiferente simplemente seguirá existiendo después de que yo no esté. —Enelda sonrió levemente—. Es extrañamente reconfortante.

—¿Reconfortante?

—Significa que no todo depende de mí. Que el mundo no necesita mi permiso para continuar. Que mi ausencia será absorbida tan naturalmente como mi presencia lo fue.

Entraron a la casa. Enelda fue directamente a la cocina y puso agua a hervir para té. Un gesto mundano. Automático. El tipo de cosa que había hecho miles de veces sin pensar.

Pero ahora, observando el agua comenzar a burbujear, cada momento parecía extrañamente precioso.

¿Cuántas más veces prepararía té? ¿Cien? ¿Doscientas? De repente, cada taza se convertía en un evento contable.

Gonzalo se sentó en la mesa de la cocina, observándola con una intensidad que ella no había visto en años. Como si estuviera tratando de memorizarla. De grabar cada gesto, cada movimiento, cada expresión para cuando ya no estuviera.

—No hagas eso —dijo Enelda suavemente.

—¿Hacer qué?

—Mirarme como si ya estuviera muerta. Todavía estoy aquí. Todavía soy yo.

—Lo siento, yo solo—

—Lo sé. Y está bien tener miedo. Yo también lo tengo. —Enelda sirvió el té en dos tazas—. Pero si vamos a hacer esto, si vamos a pasar estos

seis meses juntos, necesito que me veas como la persona que soy ahora, no como el fantasma en el que me convertiré.

Gonzalo tomó su taza con manos temblorosas.

—No sé cómo hacer eso. No sé cómo vivir normalmente sabiendo que cada día te acerca más a...

—A la muerte. Puedes decir la palabra. No va a hacer que suceda más rápido.

—A la muerte.

—Bien. —Enelda bebió su té, saboreando el calor, la amargura suave, la familiaridad del ritual—. Ahora vamos a aprender algo que la mayoría de la gente nunca aprende hasta que es demasiado tarde.

—¿Qué?

—Que cada día nos acerca más a la muerte. No solo a mí. A ti también. A todos. La única diferencia es que ahora yo conozco mi cronología aproximada y tú todavía vives con la ilusión de tiempo infinito.

Gonzalo dejó su taza sobre la mesa.

—Eso no es lo mismo.

—¿No? Puedes morir mañana en un accidente de auto. Puedes tener un aneurisma esta noche. La única diferencia entre tú y yo es que yo sé que mi muerte está programada y tú crees que la tuya está infinitamente pospuesta. —Enelda se inclinó hacia adelante—. Pero ambos estamos muriendo. En este preciso momento. Solo que yo lo sé y tú todavía finges que no.

Esa noche, Enelda no pudo dormir. Se levantó a las tres de la mañana y caminó por la casa a oscuras, tocando objetos familiares. La mesa del comedor donde habían cenado mil veces. El sofá donde habían visto cientos de películas. La estantería llena de libros que ya no tendría tiempo de leer.

Se detuvo frente al espejo del pasillo. Se obligó a mirarse realmente.

Ahí estaba. Enelda Ramírez. Cuarenta y dos años. Seis meses de vida restante. Todavía reconocible. Todavía ella misma. Pero sabiendo que la persona en el espejo comenzaría a cambiar. A adelgazar. A palidecer. A transformarse en algo que era y no era ella.

—¿Quién eres? —se preguntó en voz baja a su reflejo—. ¿Quién eres sin el futuro que creíste que tendrías?

El reflejo no respondió. Pero Enelda sintió algo cambiar dentro de ella. No era aceptación todavía. Ni siquiera resignación. Era algo más fundamental.

Era el comienzo de una transformación.

La muerte ya no era un concepto abstracto en un futuro distante. Era un invitado que acababa de tocar a su puerta. Y Enelda tendría que decidir cómo recibirlo.

Con miedo y negación.

O con dignidad y claridad.

Volvió a la cama donde Gonzalo dormía inquieto. Se acurrucó contra él, sintiendo su calor, escuchando su respiración. Estas cosas simples que había dado por sentado durante quince años de repente se convertían en tesoros finitos.

Cerró los ojos e intentó dormir.

Mañana comenzaría el resto de su vida.

Una vida que ahora tenía un final visible.

Y extrañamente, terriblemente, esa visibilidad la hacía más real que nunca.

CAPÍTULO 4

EL CÍRCULO DE LOS QUE SABEN

Enelda encontró el volante pegado en el tablero de anuncios del hospital, entre ofertas de cuidado domiciliario y anuncios de grupos de oración. El papel era color crema, la tipografía sencilla:

CÍRCULO DE APOYO PARA PACIENTES EN ETAPA TERMINAL Jueves 7 PM Casa de Martín Salgado Calle Ámsterdam 47

No había teléfono. No había correo electrónico. Solo una dirección y un horario.

Enelda arrancó el volante y lo guardó en su bolso. No sabía si iría. La idea de sentarse en círculo con extraños para hablar sobre la muerte le parecía simultáneamente necesaria y aterradora.

Durante tres días, el volante permaneció doblado en su bolso. Lo sacaba ocasionalmente, lo miraba, lo volvía a guardar. Gonzalo no sabía de su existencia. Sus amigas cercanas habían comenzado a visitarla con esa frecuencia incómoda que tienen las personas cuando no saben qué decir pero sienten que deben decir algo.

El jueves llegó. Enelda le dijo a Gonzalo que iba a caminar. Necesitaba aire. Él ofreció acompañarla con esa solicitud ansiosa que había desarrollado desde el diagnóstico, pero ella rechazó gentilmente.

Necesitaba hacer esto sola.

La casa de Martín Salgado estaba en un barrio antiguo donde los árboles eran más viejos que los edificios. Era una casa modesta de dos pisos con un jardín delantero cuidado y una fuente de piedra que ya no funcionaba. Enelda tocó el timbre a las siete en punto exactamente.

La puerta se abrió revelando a un hombre de unos sesenta años, delgado hasta la fragilidad, con ojos hundidos pero extraordinariamente vivos. Llevaba una camisa de lino blanca y pantalones de algodón. Sus pies estaban descalzos.

—Enelda Ramírez —dijo él, no como pregunta sino como afirmación—. Seis meses. Cáncer pancreático con metástasis hepática.

Enelda parpadeó sorprendida.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Cómo sabe mi diagnóstico?

—Porque te vi en la sala de espera del Dr. Álvarez hace dos semanas. Y porque llevo suficiente tiempo en esto para reconocer el tipo de palidez específica del páncreas. —Sonrió con calidez genuina—. Soy Martín. Linfoma no Hodgkin en etapa cuatro. Nueve meses de pronóstico hace dieciocho meses. Aparentemente soy terco.

Extendió su mano. Enelda la estrechó, notando lo huesuda que era, como apretar ramas secas.

—Pasa. Ya están llegando los demás.

La sala estaba dispuesta en círculo con siete sillas. No había sofás. No había mesa de centro con revistas. Solo sillas en círculo sobre un tapete persa desgastado. Las paredes tenían estanterías llenas de libros, la mayoría sobre filosofía, tanatología, budismo. Una ventana grande daba al jardín trasero donde la luz del atardecer creaba sombras alargadas.

Otros dos ya habían llegado. Una mujer muy anciana, posiblemente de noventa años, sentada con la postura recta de quien ha decidido que la dignidad importa hasta el final. Y un joven que no podía tener más de veinticinco años, extremadamente delgado, con la piel pálida que sugería largas temporadas sin sol.

—Enelda, ellos son Thalía y Efrén —presentó Martín—. Thalía tiene noventa y dos años y un corazón que insiste en seguir latiendo a pesar de que médicamente debería haberse detenido hace tres años. Efrén tiene veintitrés y leucemia mieloide aguda que no respondió a dos trasplantes de médula.

Thalía inclinó la cabeza con elegancia aristocrática. —Bienvenida, querida. Morirse es sorprendentemente democrático. No importa tu edad ni tu clase social.

Efrén levantó la mano en un saludo casual. —Hola. No te preocupes, esto no es tan deprimente como suena.

Llegaron otros tres en los siguientes diez minutos. Xiomara, una mujer de cincuenta y tantos años con esclerosis lateral amiotrófica que ya afectaba su movilidad pero no su mente. Habló con un dispositivo de texto a voz que leía sus palabras con una voz robótica que contrastaba con la intensidad de sus ojos.

After, un hombre de cuarenta años con un nombre que Enelda nunca había escuchado antes, explicó que sus padres eran artistas conceptuales que creyeron que "After" era un nombre apropiado para un niño nacido después de tres abortos espontáneos. Tenía un tumor cerebral inoperable que le daba dolores de cabeza cegadores pero que todavía no había afectado sus funciones cognitivas.

Y finalmente Séfora, una mujer en sus treinta que llevaba un pañuelo colorido cubriendo su cabeza completamente calva. Cáncer de mama triple negativo que había metastatizado a los huesos y pulmones. Hablaba con el acento característico de quien creció en la costa.

Martín cerró la puerta y tomó su lugar en el círculo.

—Bien. Todos estamos aquí. Enelda, esta es tu primera vez, así que te explicaré las reglas. —Se acomodó en su silla—. Primera regla: aquí no fingimos. No hay lugar para el optimismo tóxico ni para las frases motivacionales vacías. Todos vamos a morir. Algunos más pronto que otros. Esa es la verdad y la honramos.

—Segunda regla —continuó—: no juzgamos cómo cada quien elige enfrentar su muerte. Si alguien quiere pelear hasta el último segundo, está bien. Si alguien quiere rechazar tratamiento y morir en paz, también está bien. No hay forma correcta de morir.

—Tercera regla: lo que se dice aquí se queda aquí. No por confidencialidad médica, sino porque algunas verdades solo pueden decirse entre personas que realmente entienden.

—¿Y cuarta regla? —preguntó Enelda.

Martín sonrió. —No hay cuarta regla. Tres es suficiente.

Thalía soltó una risa que sonaba como papel arrugándose. —Martín odia los números pares. Cree que son demasiado balanceados para la vida real.

—La vida es impar —dijo Martín—. La muerte también. ¿Por qué las reglas serían diferentes?

After levantó la mano. —Propongo que Enelda nos cuente su historia. No la médica, que es aburrida y todos aquí tenemos versiones similares. La otra historia. La de cómo te sentiste cuando supiste.

Enelda miró alrededor del círculo. Seis pares de ojos la observaban sin pena, sin incomodidad. Solo curiosidad genuina. Eran los ojos de personas que habían cruzado el mismo umbral que ella acababa de cruzar.

—Me sentí... clarificada —dijo finalmente—. Como si alguien hubiera limpiado mis lentes. Todo se volvió más nítido. Más real.

Séfora asintió vigorosamente. —Sí. Exactamente eso. Es como si hubieras estado viendo el mundo a través de un filtro toda tu vida y de repente alguien lo quita.

—Yo lo llamo la Gran Honestidad —intervino Xiomara a través de su dispositivo robótico—. Cuando ya no puedes mentirte sobre tu mortalidad, tampoco puedes mentirte sobre nada más.

—¿Cuánto tiempo llevan todos aquí? —preguntó Enelda—. ¿En el grupo?

—Yo empecé el grupo hace tres años —dijo Martín—. Cuando me di cuenta de que morir solo era tolerable pero morir acompañado por personas que realmente entienden era transformador.

—Yo llevo dos años —dijo Thalía—. Vengo religiosamente cada jueves. Es lo más vivo que me siento en toda la semana.

—Nueve meses —dijo Efrén—. Empecé viniendo porque mi terapeuta sugirió que necesitaba procesar mi duelo anticipado. Ahora vengo porque ustedes son las únicas personas con las que no tengo que fingir que todo estará bien.

—Seis meses —dijeron Séfora y After casi simultáneamente, luego se rieron.

—Y yo llevo cuatro meses —completó Xiomara—. Desde que mi capacidad de hablar comenzó a deteriorarse y descubrí que escribir mis pensamientos era más honesto de todos modos.

Martín se inclinó hacia adelante. —Enelda, ¿sabes cuál es la parte más difícil de tener una fecha de vencimiento?

—¿El miedo?

—No. El miedo es manejable. La parte más difícil es que sigues vivo. —Martín dejó que esas palabras se asentaran—. Sigues teniendo hambre, sigues teniendo que ir al baño, sigues teniendo que pagar facturas. La muerte no te libera de la mundanidad de vivir. Y eso es extrañamente frustrante.

After rio. —La semana pasada tuve una discusión con mi casero porque la calefacción no funcionaba. Una discusión real, con gritos. Y en medio de eso pensé: tengo un tumor del tamaño de una pelota de golf en mi cerebro y estoy peleando sobre calefacción. Es absurdo.

—Pero es real —dijo Thalía—. La muerte no te hace trascendente automáticamente. Todavía eres humano. Todavía te irritan las cosas pequeñas.

—Mi esposo no entiende eso —admitió Enelda—. Quiere que cada momento sea significativo. Que cada conversación sea profunda. Pero yo solo quiero... existir normalmente. Sin que cada interacción esté cargada de despedida.

Séfora asintió con comprensión. —Mi familia hace lo mismo. Cada vez que salgo de una habitación, me miran como si fuera la última vez que me verán. Es agotador.

—Es porque ellos ya comenzaron tu funeral —dijo Martín suavemente—. Ya te están llorando. Ya te están convirtiendo en memoria mientras todavía respiras.

Enelda sintió lágrimas formándose. No de tristeza, sino de reconocimiento. Alguien finalmente había puesto en palabras lo que había estado sintiendo.

—¿Cómo se supone que debo vivir estos seis meses? —preguntó, su voz quebrándose—. ¿Cómo se supone que debo ser yo misma cuando todos me están tratando como una versión frágil de quién era?

—No se supone nada —respondió Thalía—. Esa es la liberación. Las expectativas son para personas con futuro. Tú ya no tienes que cumplir con expectativas de nadie.

—Pero sí tienes que decidir algo —agregó Efrén—. Tienes que decidir qué tipo de moribunda serás.

—¿Qué significa eso?

Martín se puso de pie y caminó hacia la ventana. La luz del atardecer lo iluminaba desde atrás, convirtiéndolo en una silueta delgada.

—Hay básicamente tres tipos de moribundos —dijo—. Están los que pelean. Los que niegan. Y los que aceptan. Ninguno es mejor que otro. Pero cada uno muere diferente.

—Los peleadores —continuó— gastan sus últimos meses o años en una guerra contra su propio cuerpo. Tratamientos. Esperanzas. Segundas opiniones. A veces ganan tiempo. A veces solo ganan sufrimiento. Pero mueren sintiendo que no se rindieron.

—Los negadores —siguió Xiomara con su voz robótica— actúan como si nada estuviera pasando. Siguen haciendo planes a largo plazo. Siguen hablando del futuro como si fuera real. A veces es una estrategia de supervivencia. A veces es simplemente miedo disfrazado de normalidad.

—Y luego están los aceptadores —terminó Thalía—. Nosotros. Los que miramos a la muerte de frente y decimos: está bien. No me gusta. No la pedí. Pero está bien. Y ahora voy a decidir cómo usar el tiempo que me queda.

Enelda se limpió las lágrimas. —¿Cómo saben cuál son ustedes?

—No lo sabes inmediatamente —respondió Martín, volviéndose hacia ella—. La aceptación no es un momento. Es un proceso. Algunos días peleas. Algunos días niegas. Algunos días aceptas. Eventualmente, uno de esos estados se vuelve tu hogar.

—¿Y qué pasa si no puedo aceptar? —preguntó Enelda—. ¿Qué pasa si seis meses no son suficientes para hacer las paces con dejar de existir?

Séfora se inclinó hacia ella. —Entonces usas esos seis meses tratando de aceptar. Y si no lo logras antes de morir, está bien también. No hay examen final. No hay forma de reprobar en morir.

—Pero —agregó After— hay una diferencia entre morir sin haber aceptado y morir sin haber intentado aceptar. La primera es inevitable para algunos. La segunda es una elección.

Martín volvió a su silla. —Enelda, esta noche no tienes que decidir nada. Solo tienes que saber que aquí hay personas que entienden. Que no te juzgarán por tener miedo. Que no te presionarán para ser valiente. Que simplemente estarán aquí, cada jueves, mientras todavía puedas venir.

—¿Y cuando ya no pueda venir?

—Entonces vendremos nosotros a ti —dijo Thalía simplemente—. Si quieres. Nadie muere solo en este círculo a menos que elija morir solo.

Durante la siguiente hora, hablaron. No sobre tratamientos ni doctores ni estadísticas de supervivencia. Hablaron sobre lo que realmente importaba.

Efrén contó sobre la lista de cosas que quería hacer antes de morir y cómo se dio cuenta de que la mayoría eran cosas que pensaba que debía querer hacer, no cosas que genuinamente quería hacer.

Xiomara escribió sobre su decisión de rechazar el ventilador cuando su capacidad de respirar fallara. Sobre cómo su familia la llamaba egoísta por elegir morir con dignidad en lugar de vivir conectada a máquinas.

After habló sobre sus dolores de cabeza, que ahora venían tres o cuatro veces por semana, y cómo había aprendido a encontrar belleza entre los episodios de dolor cegador.

Séfora compartió que había comenzado a dar sus posesiones mientras todavía estaba viva para poder ver a las personas disfrutarlas. Que le parecía absurdo esperar a estar muerta para que otros heredaran cosas que podían usar ahora.

Thalía, la mayor de todos, habló sobre cómo cada año adicional que vivía se sentía simultáneamente como regalo y como broma cósmica. Que había sobrevivido a su esposo, tres hermanos, dos hijos, y la mayoría de sus nietos. Que a veces la longevidad se sentía más como castigo que bendición.

Y Martín compartió algo que Enelda no esperaba. Que él había rechazado quimioterapia adicional no porque hubiera perdido la esperanza, sino porque había encontrado algo más valioso que más tiempo: claridad sobre cómo quería pasar el tiempo que le quedaba.

—Podía tener posiblemente un año más con tratamiento —explicó—. Pero ese año estaría nublado. Confundido. Débil. O podía tener seis meses de lucidez completa. Elegí la lucidez.

—¿Y si funcionaba el tratamiento? —preguntó Enelda—. ¿Y si ese año se convertía en cinco años?

Martín sonrió. —Entonces habría perdido cinco años de claridad por cinco años de esperanza. No estoy seguro de que ese sea un buen trato.

Cuando terminó la sesión, ya eran pasadas las nueve. Enelda no había notado el paso del tiempo. Se puso de pie con las piernas rígidas, pero con algo en su pecho que no había sentido desde el diagnóstico.

No era felicidad. No era esperanza en el sentido convencional.

Era pertenencia.

Martín la acompañó a la puerta. —¿Volverás el próximo jueves?

—Sí —respondió Enelda sin dudar.

—Bien. Pero una advertencia: este grupo cambia a las personas. No necesariamente para mejor o peor. Solo las cambia. Las vuelve más honestas. Más directas. Menos tolerantes a las mentiras sociales. Tu familia notará la diferencia.

—¿Cómo es esa diferencia?

—Dejarás de pretender que todo está bien. Dejarás de proteger los sentimientos de otros de tu propia muerte. Dirás cosas que pensabas que nunca dirías en voz alta. —Martín hizo una pausa—. Y descubrirás quién realmente puede manejar tu honestidad y quién prefiere la versión educada de tu morir.

Enelda caminó de regreso a casa bajo un cielo estrellado. El aire fresco de la noche se sentía extraordinariamente vivo contra su piel. Cada sensación parecía amplificada.

Cuando llegó, Gonzalo estaba despierto, esperándola con esa ansiedad apenas controlada que había desarrollado.

—¿Dónde estabas? Dijiste que ibas a caminar. Han pasado más de dos horas.

—Fui a un grupo de apoyo.

—¿Grupo de apoyo? ¿Por qué no me dijiste? Podría haber ido contigo.

Enelda se quitó los zapatos y se sentó en el sofá. —Porque necesitaba ir sola. Porque necesitaba estar con personas que entienden sin explicaciones.

—Yo entiendo.

—No, Gonzalo. No entiendes. Y no es tu culpa. Pero no puedes entender lo que es saber que vas a morir pronto porque tú no lo sabes. Todavía vives con la ilusión de que tienes todo el tiempo del mundo.

Gonzalo se sentó junto a ella, herido. —Estoy tratando de estar aquí para ti.

—Y lo aprecio. Pero a veces necesito estar con personas que no están tratando. Personas que simplemente son porque también están muriendo.

Se quedaron en silencio. Un silencio incómodo que ninguno sabía cómo romper.

Finalmente, Enelda tomó la mano de Gonzalo. —Voy a cambiar en estos meses. No solo físicamente. Voy a decir cosas que no dije antes. Voy a dejar de pretender. Voy a dejar de proteger tus sentimientos de mi realidad. Y necesito que estés bien con eso.

—No sé si puedo.

—Entonces tendrás que aprender. Porque yo ya no tengo tiempo para mentiras cómodas.

Esa noche, Enelda se acostó sabiendo que algo había cambiado fundamentalmente. El grupo, esas seis personas que también caminaban hacia sus propias muertes, le habían dado algo que no esperaba.

No consuelo.

No esperanza.

Sino comunidad en la honestidad.

Y por primera vez desde el diagnóstico, se durmió sin llorar.

Porque había encontrado un lugar donde morir no era vergonzoso.

Donde el miedo era válido pero no dominante.

Donde podía ser exactamente quien era: una mujer muriendo que todavía estaba completamente viva.

Y eso era suficiente.

Por ahora.

CAPÍTULO 5

EL PERIODISTA Y LOS MORIBUNDOS

Diego encontró el volante en el tablero de anuncios del hospital donde había ido a entrevistar a un oncólogo sobre tratamientos experimentales. No buscaba el volante. Simplemente estaba ahí, entre docenas de otros anuncios, pero algo en su sencillez lo hizo detenerse.

CÍRCULO DE APOYO PARA PACIENTES EN ETAPA TERMINAL Jueves 7 PM Casa de Martín Salgado

Llevaba dos semanas investigando. Dos semanas desde su encuentro con Agripina en el Jardín Botánico. Dos semanas leyendo sobre clonación, transferencia de memoria, intentos científicos de burlar la muerte. Pero todo era teoría. Ciencia. Conspiración.

Necesitaba algo más fundamental. Necesitaba entender qué pensaban las personas que realmente estaban muriendo sobre estos intentos de preservar la identidad eternamente.

Fotografió el volante con su teléfono y esa noche buscó la dirección. Calle Ámsterdam 47. No muy lejos de su apartamento.

El jueves siguiente, a las siete menos cinco, Diego tocó el timbre.

Un hombre extremadamente delgado abrió la puerta. Sus ojos evaluaron a Diego con una intensidad desconcertante.

—No eres paciente terminal —dijo sin preámbulo—. Tu piel tiene demasiado color. Tus ojos no tienen esa claridad específica. Y llevas una libreta de periodista en el bolsillo trasero.

Diego parpadeó. —Yo... necesito hablar con personas que estén enfrentando la muerte. Para un artículo.

—No hacemos entrevistas. Esto no es un zoológico humano para que periodistas curiosos observen cómo morimos.

—No es eso. —Diego sacó su libreta, no para escribir sino para mostrar las notas que había tomado—. Estoy investigando personas que intentan evitar la muerte mediante clonación. Personas poderosas que creen que pueden preservar su identidad eternamente. Y necesito entender... necesito saber qué piensan al respecto las personas que no tienen esa opción.

Martín estudió a Diego durante un largo momento.

—¿Tu padre era Roberto Solís?

Diego sintió como si le hubieran golpeado el estómago. —¿Cómo...?

—Leí sus columnas. Especialmente las últimas, sobre identidad y memoria. Tenía una perspectiva inusual para alguien que no estaba muriendo. —Martín se hizo a un lado—. Entra. Pero con condiciones.

Diego entró a una sala dispuesta en círculo. Seis personas ya estaban sentadas. Una mujer muy anciana. Un joven demacrado. Una mujer de mediana edad que lo miró con curiosidad inmediata. Otros tres en varios estados de deterioro físico visible.

—Esta es Enelda —dijo Martín, señalando a la mujer que lo había mirado —. Llegó hace tres semanas. Seis meses de pronóstico. —Continuó alrededor del círculo presentando a cada uno con la misma franqueza brutal: nombres, diagnósticos, tiempo estimado restante.

Diego se sentó en la única silla vacía, sintiéndose como un intruso.

—Las condiciones —dijo Martín— son estas: Puedes escuchar. Puedes hacer preguntas. Pero no puedes publicar nuestros nombres reales ni detalles identificables. No somos tu historia. Somos personas que casualmente pueden tener perspectivas útiles para tu historia.

—Entendido.

—Y segunda condición: tienes que responder también. No puedes solo tomar. Si queremos saber por qué investigas esto, nos lo dices. Si queremos saber qué encontraste, nos lo dices. Intercambio justo.

Diego asintió.

Thalía, la anciana, habló con voz sorprendentemente fuerte. —Entonces, periodista. ¿Qué quieres saber sobre morir?

—No sobre morir exactamente. Sobre la identidad. Sobre qué hace que una persona sea quien es. Y sobre si eso puede preservarse después de la muerte.

After, el hombre con tumor cerebral, soltó una risa áspera. —Estás preguntando si vale la pena clonar a las personas.

—En esencia, sí.

Enelda se inclinó hacia adelante. Su voz tenía una cualidad directa que Diego reconoció inmediatamente como la voz de alguien que ya no tiene tiempo para rodeos.

—¿Quiénes están intentando clonarse?

Diego dudó. Agripina le había advertido sobre revelar detalles. Pero algo en este círculo de personas muriendo le hizo sentir que las precauciones habituales eran absurdas.

—Líderes mundiales. Multimillonarios. Personas con tanto poder que la idea de perderlo mediante la muerte les resulta intolerable.

Séfora, la mujer con el pañuelo colorido, sacudió la cabeza. —Por supuesto. Los que tienen más vida son los más aterrorizados de perderla.

—Entonces tu pregunta real —dijo Martín— es si la identidad es algo que vale la pena preservar exactamente como es. Si yo, Martín Salgado con linfoma, debería ser conservado como soy ahora para siempre.

—Sí. Esa es mi pregunta.

Xiomara escribió en su dispositivo de texto a voz. La voz robótica leyó: —La respuesta es no. Y cualquiera en este círculo te dirá lo mismo.

—¿Por qué?

Efrén, el joven con leucemia, respondió. —Porque la identidad no es una cosa. Es un proceso. Yo no soy el mismo Efrén que era hace cinco años antes del diagnóstico. Ni siquiera soy el mismo Efrén de hace tres meses. Cambio constantemente. Y preservarme como soy ahora sería congelar algo que está diseñado para fluir.

—Pero si pudieras vivir para siempre —presionó Diego— cambiando, evolucionando, ¿no lo harías?

Thalía rió, un sonido que parecía venir de muy adentro. —Tengo noventa y dos años, joven. He vivido más que casi todos. Y te diré algo: la mortalidad es lo que hace que la vida importe. Cada momento vale algo porque hay un número finito de momentos. Si tuviera eternidad, ¿por qué valoraría este momento sobre cualquier otro?

—Tu padre entendía eso —dijo Martín suavemente—. En su última columna escribió algo que recorté y guardé. Espera.

Se levantó y salió de la sala brevemente. Regresó con un papel amarillento, un recorte de periódico. Se lo entregó a Diego.

Era la última columna de su padre, publicada una semana antes de su muerte. Diego la había leído en el funeral, pero no realmente. Ahora, rodeado de personas muriendo, la leyó de nuevo.

"La identidad no es algo que poseemos. Es algo que hacemos. Y como cualquier acción, existe en el tiempo y debe terminar. Intentar preservar la identidad eternamente es como intentar congelar una conversación en medio de una frase. Puedes hacerlo, pero lo que preservas ya no es la conversación viva sino su cadáver."

Diego sintió lágrimas formándose.

Enelda habló, su voz gentil pero firme. —Tu padre estaba investigando a estas personas que quieren clonarse, ¿verdad?

—Sí. Y creo que por eso murió.

El círculo guardó silencio. No era un silencio incómodo. Era el silencio de personas que conocían íntimamente el peso de esas palabras.

—Entonces tu historia no es solo sobre clonación —dijo After—. Es sobre personas tan aterrorizadas de la muerte que están dispuestas a matar para evitarla.

—Exactamente.

Martín volvió a su silla. —Te diré lo que pienso. Y probablemente todos aquí estarán de acuerdo. Lo que esas personas buscan no es vida. Es preservación. Y la preservación es lo opuesto a la vida. La vida es cambio, crecimiento, eventual declive y muerte. Congelar eso en un punto específico, incluso si el clon puede seguir existiendo, no es continuar viviendo. Es convertirte en tu propia estatua.

—Pero ellos argumentarían —dijo Diego— que con transferencia de memoria, con sus recuerdos y personalidad intactos, seguirían siendo ellos mismos.

Séfora intervino. —¿Sabes qué he descubierto en estos meses? Que yo no soy mis memorias. Las memorias son parte de mí, pero no son yo. Yo soy lo que hago con esas memorias. Cómo las interpreto. Cómo las uso para decidir qué hacer ahora. Y eso cambia constantemente.

—Copiar memorias —agregó Xiomara robóticamente— sería como copiar las notas de un músico pero no la capacidad de improvisar. Tendrías la información pero no la vida.

Diego escribía rápidamente. Estas no eran respuestas que encontraría en papers científicos o documentos filtrados. Eran verdades de personas que habían cruzado al territorio donde las abstracciones se volvían concretas.

—¿Puedo hacerles una pregunta diferente? —dijo Diego—. Si alguien les ofreciera clonación ahora. Un cuerpo nuevo, sano, con sus memorias transferidas. ¿Lo aceptarían?

La respuesta fue instantánea y unánime: —No.

—¿Por qué no?

Enelda fue quien respondió. Su voz tenía la cualidad de alguien que había pensado profundamente en esto.

—Porque esta persona que soy ahora, muriendo, es más real que la persona que era antes del diagnóstico. He aprendido cosas sobre mí misma, sobre la vida, sobre lo que realmente importa. Y esas lecciones solo vinieron porque sé que voy a morir. Un clon sin esa experiencia, sin ese conocimiento visceral de mortalidad, no sería yo. Sería una versión anterior, menos completa de mí.

—Es como —agregó Efrén— si alguien te ofreciera volver a ser quien eras a los dieciocho. Claro, eras más joven, más sano. Pero también eras más ignorante, más egoísta, menos tú. ¿Por qué querrías regresar a eso?

Diego cerró su libreta. Ya no estaba tomando notas. Estaba simplemente escuchando.

—Mi padre escribió algo en su cuaderno personal —dijo—. Lo encontré después de su muerte. Decía: No me preserves. Continúame. No entendí completamente qué significaba hasta ahora.

Martín asintió. —Tu padre entendía que continuar a alguien no es copiarlos. Es transformarse por haberlos conocido. Es dejar que sus ideas, sus preguntas, sus búsquedas vivan en ti de una forma nueva. Eso es inmortalidad real. No preservación, sino transformación.

—Esas personas que estás investigando —dijo Thalía— tienen tanto miedo de transformarse en algo diferente que prefieren congelarse. Pero al congelarse, ya están muertos. Solo que sus cuerpos no lo saben todavía.

La sesión continuó durante otra hora. Hablaron sobre legado, sobre lo que permanece después de la muerte, sobre la diferencia entre ser recordado y continuar en otros.

Cuando terminó, Diego se quedó mientras los demás se iban. Enelda fue la última en salir. Se detuvo junto a él.

—Tu investigación va a molestar a personas peligrosas —dijo.

—Lo sé.

—¿Vale la pena el riesgo?

Diego pensó en su padre. En ese mensaje de voz nunca devuelto. En la pregunta sobre identidad y memoria que su padre había estado persiguiendo hasta su muerte.

—Mi padre pensó que sí. Yo también lo creo.

Enelda le entregó un papel con su número de teléfono. —Si necesitas más perspectivas de personas que están muriendo, llámame. Tenemos claridad que las personas con futuro no tienen. Y esa claridad podría ser útil para tu historia.

—¿Por qué me ayudarías?

—Porque si esas personas logran lo que buscan, si logran convertir la muerte en opcional para los poderosos, entonces crean un mundo donde los que tenemos que morir somos de segunda clase. Y eso me enfurece. —Enelda sonrió levemente—. Tengo seis meses. Y quiero que sirvan para algo más que mi propia muerte.

Diego guardó el papel. —Gracias.

Martín acompañó a Diego a la puerta. —Vuelve cuando quieras. Pero una advertencia: conocer a personas que están muriendo cambia tu perspectiva sobre vivir. No podrás ignorar tu propia mortalidad después de esto.

—Ya no puedo ignorarla de todos modos —respondió Diego—. No desde que mi padre murió.

Caminó de regreso a su auto bajo el cielo nocturno, sintiendo que algo había cambiado. La investigación ya no era solo sobre una conspiración política. Era sobre la pregunta más fundamental que los humanos pueden hacerse.

¿Qué significa ser humano si eliminamos la muerte?

Y las personas mejor calificadas para responder esa pregunta no eran los científicos ni los filósofos.

Eran las personas que estaban muriendo ahora mismo.

Y acababa de encontrarlas.

CAPÍTULO 6
LA COLABORACIÓN

Diego llamó a Enelda tres días después de la sesión del jueves. Ella contestó al segundo timbre, su voz clara pero con un matiz de fatiga que no había estado ahí antes.

—Necesito tu opinión sobre algo —dijo Diego sin preámbulo—. ¿Podemos reunirnos?

Se encontraron en el mismo café donde Diego había conocido a Agripina, aunque esta vez fue Diego quien llegó temprano. Enelda entró con pasos más lentos de lo que recordaba, su rostro ligeramente más delgado. Tres semanas habían pasado desde su diagnóstico y el cáncer ya comenzaba a hacerse visible.

—Gracias por venir —dijo Diego cuando ella se sentó.

—Tengo seis meses para usar. Prefiero usarlos en algo que importe. —Enelda pidió té de manzanilla, el mismo que su padre solía beber, notó Diego con un pinchazo en el pecho—. ¿Qué encontraste?

Diego sacó su laptop y giró la pantalla hacia ella. Era una fotografía de un documento interno, parcialmente redactado pero con suficiente información visible.

—Esto es de uno de los institutos de clonación. Un contrato de servicios. El cliente está redactado, pero puedes ver los términos: procedimiento de continuidad biológica, transferencia de patrones neuronales, protocolo de reemplazo gradual.

Enelda leyó en silencio, su expresión cambiando de curiosidad a disgusto.

—Protocolo de reemplazo gradual. ¿Qué significa eso?

—Según mis fuentes, significa que no reemplazan al sujeto de inmediato. Primero crean el clon. Luego lo entrenan, lo exponen a las memorias y experiencias del original mediante algún tipo de tecnología de interfaz neuronal. Y finalmente, cuando el clon está suficientemente similar, hacen el intercambio. El original muere calladamente, de causas aparentemente naturales, y el clon toma su lugar.

—¿Asesinato programado?

—Con consentimiento previo del original. Es parte del contrato. Firmas aceptando que serás reemplazado cuando el procedimiento esté completo.

Enelda empujó la laptop de regreso. —Eso no es inmortalidad. Es suicidio con pasos extra.

—Exactamente lo que pensé. Pero ellos no lo ven así. Para ellos, el clon con sus memorias transferidas es continuación, no reemplazo.

—Pero no lo es. —Enelda bebió su té—. El original muere. El clon puede tener las mismas memorias, pero no tiene la experiencia de haber vivido esos momentos. No tiene el contexto visceral. Es como la diferencia entre leer sobre el dolor y sentir dolor.

Diego tomó notas. —Necesito que me ayudes con algo. Voy a escribir este artículo. Y necesito una sección que explique por qué esto es fundamentalmente diferente de la continuidad real. Pero no puedo explicarlo solo con ciencia o filosofía abstracta. Necesito voces de personas que realmente entienden qué significa perder la continuidad. Personas muriendo.

—Quieres que el grupo hable contigo.

—Sí. Pero más que eso. Quiero que ustedes sean co-autores de esa sección. Sus palabras, no las mías.

Enelda guardó silencio, considerando. —Tendría que consultarlo con Martín y los demás. No todos querrán exponerse así.

—Lo entiendo.

—Pero yo sí quiero. —Enelda lo miró directamente—. Porque si no hacemos algo, si permitimos que esto se normalice, crearemos un

mundo donde la muerte es opcional para los ricos y obligatoria para los pobres. Y eso es obsceno.

Diego cerró su laptop. —Hay algo más. Agripina, mi fuente científica, cree que mi padre fue asesinado porque estaba a punto de publicar algo similar. Si publico esto, me convierto en el mismo tipo de amenaza que él fue.

—¿Y aún así vas a publicarlo?

—No tengo opción. Mi padre murió persiguiendo esta verdad. No puedo dejarlo sin terminar.

Enelda sonrió levemente, una sonrisa que contenía comprensión y algo más. —Continuar a tu padre. No preservarlo, continuarlo. Exactamente lo que él escribió.

—Sí.

—Entonces estoy dentro. Y creo que puedo convencer a los demás.

Esa noche, Enelda envió un mensaje al grupo explicando lo que Diego necesitaba. Las respuestas llegaron rápidamente.

Martín: "Estoy dentro. Esto es exactamente el tipo de batalla que vale la pena pelear cuando tienes tiempo limitado."

Thalía: "A mis años, ¿qué pueden hacerme? Ya me estoy muriendo. Prefiero morir diciendo verdades."

After: "Si tengo que morir con un tumor en el cerebro, al menos que mi cerebro se use para algo útil primero."

Efrén: "Mi vida fue corta. Quiero que al menos importe."

Solo Xiomara y Séfora dudaron, no por miedo sino por familia. Tenían personas que dependían de ellas y no querían exponerlas a posibles represalias.

El siguiente jueves, Diego volvió al círculo. Esta vez no como observador sino como colaborador.

Martín había preparado algo especial. En el centro del círculo había una grabadora de audio antigua, el tipo que usa casetes.

—Nada digital —explicó—. Nada que pueda ser hackeado o rastreado fácilmente. Vieja escuela.

Durante las siguientes dos horas, hablaron. No era una entrevista formal. Era una conversación orgánica sobre identidad, memoria, continuidad, y lo que realmente significa ser humano.

Thalía habló sobre sus noventa y dos años de memorias. Sobre cómo muchas se habían vuelto borrosas o distorsionadas con el tiempo. Sobre cómo la persona que ella era ahora interpretaba esas memorias de manera diferente a como lo había hecho décadas atrás.

—Si me clonaran y le transfirieran mis memorias —dijo—, ese clon tendría los mismos recuerdos. Pero no tendría noventa y dos años de

experiencia interpretándolos. No tendría las capas de significado que solo vienen de haber vivido realmente. Sería como darle a alguien las notas de una sinfonía y esperar que suene igual que la orquesta que la interpretó durante décadas.

Efrén habló sobre cómo su identidad había cambiado radicalmente desde su diagnóstico. Sobre cómo el Efrén de hace dos años y el Efrén actual eran casi personas diferentes.

—Y está bien —dijo—. Se supone que debemos cambiar. Se supone que las experiencias nos transforman. Congelar la identidad en un punto específico, incluso si es en un clon, es negar esa transformación. Es decir que quien eres ahora es quien debes ser para siempre. Pero eso es una prisión, no inmortalidad.

After, con su característico humor oscuro, ofreció una perspectiva diferente.

—Miren, entiendo el impulso. Yo tengo veintitrés años. Apenas estoy comenzando mi vida. Si alguien me ofreciera un cuerpo nuevo sin tumor, sería tentador. —Hizo una pausa—. Pero no sería yo quien viviría en ese cuerpo. Sería una copia de mí. Y esa copia tendría que cargar con el conocimiento de que existe solo porque el yo original aceptó morir. ¿Cómo vives con eso? ¿Cómo no sientes que eres un impostor en tu propia vida?

Martín habló sobre el concepto de "muerte digna" versus "preservación indigna".

—La dignidad no viene de durar para siempre —explicó—. Viene de cómo enfrentas tu finitud. Estas personas que buscan clonarse no están buscando vida. Están huyendo de la muerte. Y en esa huida, pierden precisamente lo que hace que la vida valga la pena: su preciosidad temporal.

Enelda fue la última en hablar. Su voz tenía una cualidad reflexiva que silenciaba naturalmente al grupo.

—He estado pensando mucho sobre legado en estas semanas. Sobre qué quiero dejar. Y me di cuenta de que no quiero dejar una versión preservada de mí misma. Quiero dejar transformación. Quiero que las personas que me conocieron sean diferentes por haberme conocido. Quiero que mis ideas continúen evolucionando en otras mentes. Eso es inmortalidad real. No yo eternamente congelada, sino yo eternamente transformándome a través de otros.

Cuando terminaron, Diego tenía más de dos horas de grabación. Verdades que ningún paper científico podría ofrecer. Perspectivas que solo vienen de pararse en el umbral entre la vida y la muerte.

Al día siguiente, Diego se reunió con Agripina en un parque diferente. Ella había verificado los documentos de la memoria USB. Todo era auténtico.

—Tenemos suficiente —dijo Agripina—. Tenemos contratos, transferencias financieras, evidencia de procedimientos. Tenemos el video. Y ahora tienes algo que yo no podría haber conseguido: testimonios de personas que explican por qué esto es éticamente monstruoso.

—¿Cuándo publicamos?

—En dos semanas. Necesito ese tiempo para asegurar que mis propias huellas estén completamente borradas. Y tú necesitas ese tiempo para escribir el mejor artículo de tu vida.

Diego pasó las siguientes dos semanas escribiendo. Enelda venía a su apartamento casi diariamente, leyendo borradores, sugiriendo cambios, asegurándose de que las voces del grupo fueran representadas fielmente.

Su salud se deterioraba visiblemente. Había perdido más peso. Sus movimientos eran más lentos. Pero su mente permanecía afilada, su claridad intacta.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó Diego una tarde mientras Enelda revisaba la quinta versión del artículo.

—Tengo toda la eternidad para descansar. Ahora mismo quiero que esto importe.

Una semana antes de la publicación programada, Martín llamó a Diego. Su voz sonaba débil, pero urgente.

—Necesitas venir. Ahora.

Diego llegó a la casa de Martín en veinte minutos. El círculo estaba reunido, pero no en su formación habitual. Estaban alrededor de una laptop, mirando algo en la pantalla con expresiones de shock.

—¿Qué pasó?

Martín giró la pantalla hacia Diego. Era un artículo de noticias internacionales. El Primer Ministro de Singapur había muerto repentinamente de un infarto mientras dormía. Cincuenta y ocho años. Sin historial de problemas cardíacos.

—Mira la fecha —dijo Martín.

El infarto había ocurrido hace tres días. Pero el funeral estaba programado para dentro de una semana. Cremación privada, sin autopsia pública.

—Estaba en tu lista —dijo Enelda—. En los documentos de clientes. Su nombre estaba ahí.

Diego sintió hielo en sus venas. —Están haciendo el intercambio. Ahora mismo, mientras el mundo llora, están trayendo al clon.

—Lo cual significa —dijo After— que tu investigación es aún más urgente. Esto no es futuro hipotético. Está pasando ahora.

Diego sacó su teléfono y llamó a Agripina. Contestó al primer timbre.

—¿Viste las noticias de Singapur?

—Lo vi. Diego, tenemos que publicar antes. No podemos esperar dos semanas. Tienen que hacerlo en tres días o perderán el momento.

—¿Y si no está completamente listo?

—Publicar algo imperfecto ahora es mejor que publicar algo perfecto cuando ya sea irrelevante.

Diego colgó y miró al círculo de personas muriendo que se habían convertido en sus colaboradores, sus fuentes, sus aliados.

—Necesito terminar el artículo en tres días. ¿Puedo contar con ustedes?

Las respuestas fueron inmediatas. Sí. Claro. Para eso estamos aquí.

Durante las siguientes setenta y dos horas, trabajaron como equipo. Diego escribía. Enelda editaba. Martín verificaba argumentos filosóficos. Thalía ofrecía perspectiva histórica sobre intentos previos de inmortalidad. Agripina proporcionaba verificación científica.

Trabajaron en la casa de Martín, el círculo transformado en cuartel de guerra. Café constante. Comida olvidada. Horas que se fundían unas en otras.

Y finalmente, a las tres de la madrugada del tercer día, estaba listo.

Seis mil palabras que exponían la conspiración más peligrosa del siglo. Documentada. Verificada. Y humanizada por las voces de personas que entendían el valor real de la mortalidad.

Diego presionó enviar, entregando el artículo a su editor con una nota: "Publiquen esto inmediatamente. Mi vida puede depender de ello."

Se recostó en la silla, exhausto. Alrededor del círculo, seis personas muriendo lo miraban con algo que podría llamarse orgullo.

—Tu padre estaría orgulloso —dijo Martín.

—Nuestro padre —corrigió Enelda suavemente—. Todos continuamos su trabajo ahora.

Y por primera vez desde la muerte de Roberto Solís, Diego sintió que había hecho algo digno de ese legado.

No había preservado a su padre.

Lo había continuado.

Y en el proceso, había encontrado una familia inesperada de personas que le habían enseñado que vivir plenamente requiere aceptar que terminaremos.

Que la muerte no es el enemigo.

Que el verdadero enemigo es vivir como si tuvieras tiempo infinito y despertar cuando ya es demasiado tarde.

Afuera, el sol comenzaba a salir sobre una ciudad que pronto despertaría a noticias que cambiarían todo.

CAPÍTULO 7

CUANDO LA VERDAD SE VUELVE PELIGROSA

El artículo se publicó a las seis de la mañana. A las seis y cuarto, el teléfono de Diego comenzó a sonar sin parar.

Marcela, su editora, fue la primera. Su voz mezclaba emoción y terror.

—Diego, esto es enorme. Ya tenemos medio millón de visitas y están subiendo exponencialmente. Pero también tenemos tres abogados de tres países diferentes amenazando con demandas. Y alguien intentó hackear nuestros servidores hace diez minutos.

—¿Lograron algo?

—No. Nuestro equipo de seguridad es bueno. Pero Diego, esto es más grande de lo que anticipamos. Ya hay gobiernos emitiendo negaciones. Hay científicos defendiendo y atacando. Esto es...

—Lo sé.

—¿Estás seguro de todo esto? ¿Completamente seguro?

—Cada palabra está verificada. Tengo las fuentes. Tengo los documentos. Y tengo las voces de personas que nadie puede desacreditar porque están muriendo y no tienen nada que perder.

Marcela guardó silencio un momento. —Muy bien. Entonces nos preparamos para la guerra. Pero Diego, necesitas protección. Estas personas han matado antes.

Diego colgó y miró alrededor de la casa de Martín. El círculo estaba despierto, habían dormido ahí después de terminar el artículo. Todos estaban pegados a sus teléfonos y laptops, viendo cómo la historia explotaba en tiempo real.

—Ya tiene ochocientas mil visitas —anunció After—. Y miren esto: ya hay protestas organizándose en tres capitales. Gente exigiendo investigaciones.

—Las redes sociales están divididas —agregó Efrén—. Mitad dice que es conspiración. Mitad dice que es la historia más importante del siglo.

Thalía, la única sin teléfono, simplemente observaba por la ventana. —En mis noventa y dos años he visto muchas verdades incómodas salir a la luz. Y siempre pasa lo mismo: primero la negación furiosa, luego la aceptación lenta, finalmente el cambio inevitable. —Miró a Diego—. Pero el período entre la negación y la aceptación es el más peligroso. Es cuando matan mensajeros.

El teléfono de Diego sonó de nuevo. Número desconocido.

—¿Diego Solís? —Una voz de hombre, acento británico, tono educado pero amenazante—. Soy abogado representando a varios clientes mencionados en su reciente publicación. Tienen graves preocupaciones sobre la veracidad de sus alegaciones.

—Todo está documentado.

—Los documentos pueden ser falsificados. Los testimonios pueden ser de personas mentalmente inestables. Y las acusaciones sin prueba sólida son difamación.

—Tengo video. Tengo contratos con firmas verificables. Y tengo una fuente científica que trabajó directamente en estos procedimientos.

Un silencio breve. Luego: —Señor Solís, está jugando un juego muy peligroso. Sugiero fuertemente que considere retractar ciertas secciones de su artículo. Mis clientes están dispuestos a ser... generosos con alguien que muestre sensatez.

—¿Me está ofreciendo dinero para que me calle?

—Estoy ofreciendo protección. Contra demandas. Contra... otros problemas.

Diego sintió la sangre helarse en sus venas. —Dígale a sus clientes que pueden quedarse con su dinero y sus amenazas. La verdad ya está afuera.

Colgó. Su mano temblaba ligeramente.

Enelda se levantó de su silla y caminó hacia él. Su movimiento era más lento que hace una semana, pero su presencia seguía siendo sólida.

—Ya comenzó —dijo simplemente.

—Ya comenzó —confirmó Diego.

Martín reunió al grupo. —Necesitamos un plan. Diego es el rostro visible de esto, pero todos contribuimos. Si lo atacan a él, nos atacan a todos. Y tenemos una ventaja que ellos no anticiparon.

—¿Cuál? —preguntó Séfora.

—Que la mitad de nosotros ya estamos muriendo. No pueden amenazarnos con quitarnos lo que ya estamos perdiendo. —Martín sonrió con fiereza—. Somos las fuentes perfectas. Imposibles de intimidar porque ya estamos en la última batalla de nuestras vidas.

—Deberíamos hacer un video —sugirió After—. Los seis. Explicando por qué participamos en esto. Poniendo nuestros rostros y nombres reales si es necesario. Hacer imposible que nos desacrediten.

—Eso nos expondría completamente —advirtió Xiomara a través de su dispositivo.

—Ya estamos expuestos —respondió Thalía—. La pregunta no es si nos arriesgamos. Es si ese riesgo vale la pena. Y yo digo que sí.

Durante la siguiente hora, debatieron. Finalmente decidieron: harían el video. Pero solo si la presión sobre Diego se volvía insostenible. Sería su arma de reserva.

A mediodía, el artículo tenía tres millones de visitas. Los medios internacionales comenzaban a replicar la historia. Gobiernos emitían declaraciones. La ONU anunciaba una investigación preliminar.

Agripina llamó desde un número encriptado. —Diego, necesitas desaparecer por unos días. Mis contactos dicen que hay movimientos. Personas buscándote.

—No puedo esconderme. Tengo que dar entrevistas, defender la historia.

—Puedes hacer entrevistas desde locaciones seguras. Pero quedarte en tu apartamento o lugares predecibles es suicidio.

Martín intervino, habiendo escuchado la conversación. —Quédate aquí. Mi casa no está vinculada públicamente a ti. Y tendrás seis testigos constantes. Difícil hacer algo sospechoso con testigos.

Diego aceptó. Pasó los siguientes tres días en la casa de Martín, dando entrevistas por video desde diferentes ángulos de la casa para evitar que localizaran la ubicación, escribiendo artículos de seguimiento, respondiendo a verificadores de hechos internacionales.

El grupo se convirtió en su equipo de apoyo. Thalía preparaba comida. Efrén manejaba las redes sociales. After monitoreaba amenazas online. Enelda se sentaba con Diego durante las entrevistas más difíciles, su presencia silenciosa un recordatorio de por qué esto importaba.

El cuarto día, algo cambió. Un científico prominente que había trabajado en uno de los institutos apareció en televisión internacional. Con rostro visible, dio una conferencia de prensa confirmando todo lo que Diego había publicado.

—Trabajé durante dos años en transferencia de patrones neuronales —dijo el científico, un hombre de mediana edad con acento alemán—. Vi cosas que violan todo principio ético. Y cuando expresé preocupaciones, fui amenazado. El señor Solís está diciendo la verdad. Y yo puedo probarlo.

El grupo observó la conferencia de prensa en silencio. Cuando terminó, Martín apagó la televisión.

—Acabas de ganar —le dijo a Diego—. Cuando una fuente científica de ese calibre confirma públicamente, ya no es conspiración. Es escándalo confirmado.

Pero la victoria tenía sabor amargo. Esa noche, el científico alemán fue encontrado muerto en su hotel. Aparente suicidio. Una nota decía que no podía vivir con la culpa de su participación.

Nadie en el círculo creyó esa historia.

—Lo mataron —dijo Séfora con voz temblorosa—. Habló y lo mataron.

Diego sintió nausea. Un hombre había muerto porque él había abierto esta caja de Pandora.

Enelda puso su mano, ahora notablemente más delgada, sobre la de Diego. —No es tu culpa. Él eligió hablar. Sabía el riesgo. Y eligió que la verdad importaba más que su seguridad.

—¿Valió la pena? —preguntó Diego, su voz quebrándose—. ¿Vale la pena que personas mueran por esto?

—Él ya estaba en peligro desde que trabajó en eso —dijo Martín—. Al menos murió diciendo la verdad. Hay peores formas de morir.

Durante los siguientes días, el mundo continuó convulsionándose. Tres gobiernos abrieron investigaciones. Dos institutos cerraron preventivamente. Varios multimillonarios emitieron negaciones furiosas. Y el debate global sobre clonación humana y transferencia de identidad se volvió la conversación dominante en todos los medios.

Diego recibió ofertas de libros, documentales, más investigación. Pero también recibió amenazas de muerte diarias. Alguien intentó entrar a su apartamento. Su auto fue vandalizado con un mensaje: "Cállate o serás el próximo."

Una semana después de la publicación, Enelda colapsó durante una sesión del círculo. El cáncer estaba avanzando más rápido de lo que los médicos habían predicho. La llevaron al hospital donde el Dr. Álvarez confirmó lo que todos temían.

—Semanas, no meses —dijo el doctor en privado a Diego, quien había ido con ella como el amigo cercano que se había vuelto—. El estrés aceleró la progresión. Su cuerpo no puede manejar la intensidad de lo que ha estado haciendo.

Diego se sentó junto a la cama de hospital de Enelda. Ella estaba despierta, conectada a varios monitores, pero su mente seguía clara.

—No te atrevas a sentirte culpable —dijo antes de que Diego pudiera hablar—. Estas tres semanas trabajando en tu historia han sido las más vivas que me he sentido desde el diagnóstico. Le dieron propósito a mi muerte.

—Pero te está matando más rápido.

—Diego, escúchame. —Enelda lo miró con esos ojos que el cáncer no había logrado apagar—. Yo iba a morir de todos modos. La pregunta nunca fue si moriría, sino cómo usaría el tiempo hasta entonces. Y yo elegí usarlo en algo que importa. No me quites esa elección sintiendo culpa.

—¿Valió la pena? ¿Realmente?

—Ayudé a exponer a personas que creen que pueden comprar su escape de la mortalidad mientras el resto de nosotros enfrentamos la

muerte sin opciones. Ayudé a hacer la pregunta que tu padre hizo: ¿qué tipo de mundo queremos? ¿Uno donde la muerte es opcional para los poderosos? —Enelda sonrió débilmente—. Sí, Diego. Valió cada día que perdí.

Esa noche, el círculo se reunió en el hospital. Las enfermeras protestaron sobre las reglas de visitantes, pero Martín, con la autoridad de alguien que ha pasado meses en hospitales, simplemente las ignoró.

Se sentaron alrededor de la cama de Enelda en su formación habitual de círculo, aunque en sillas de hospital y con monitores pitando suavemente de fondo.

—Propongo —dijo Martín— que hagamos el video ahora. Con Enelda incluida. Mientras todavía puede hablar claramente.

—¿Estás seguro? —preguntó Diego—. Una vez que lo publiquemos, no hay vuelta atrás.

—No ha habido vuelta atrás desde que publicaste el primer artículo —respondió Thalía—. Solo hemos estado retrasando lo inevitable.

Grabaron durante dos horas. Cada miembro del círculo hablando directamente a la cámara. Rostros reales. Nombres reales. Diagnósticos reales. Explicando por qué habían participado en la investigación. Por qué importaba. Por qué personas que están muriendo tienen autoridad moral para hablar sobre intentos de burlar la muerte.

Enelda fue la última en hablar. Conectada a sus monitores, visiblemente enferma pero con voz firme.

—Me llamo Enelda Ramírez. Tengo cuarenta y dos años y cáncer pancreático en etapa terminal. Originalmente me dieron seis meses. Ahora me dan semanas. Participé en esta investigación porque creo que la muerte no debe ser opcional solo para quienes pueden pagarla. Creo que nuestra mortalidad compartida es lo que nos hace humanos. Y creo que intentar escapar de ella no es progreso, es cobardía disfrazada de ciencia.

Hizo una pausa, respirando con dificultad. —Mi padre me dijo una vez que la vida vale algo porque termina. Que un amanecer es hermoso precisamente porque no dura para siempre. Estas personas que buscan clonarse, que buscan inmortalidad, nunca verán otro amanecer realmente. Porque cuando tienes infinitos amaneceres, ninguno importa.

—Yo no tendré muchos amaneceres más. Quizás diez. Quizás veinte si tengo suerte. Pero cada uno será precioso. Cada uno importará. Y cuando llegue mi último amanecer, moriré sabiendo que mi tiempo, aunque corto, fue real. Fue mío. Y no tengo que robarle la muerte a nadie más para sentir que mi vida tuvo valor.

La cámara captó lágrimas cayendo por las mejillas de varios en el círculo. Incluido Diego.

Cuando terminaron de grabar, Enelda se recostó exhausta. —Publíquenlo mañana —dijo—. No esperen.

Diego editó el video esa noche. Lo subió a la mañana siguiente con un artículo de acompañamiento titulado: "Las voces que no pueden ser silenciadas: Por qué personas muriendo expusieron la conspiración de clonación."

El video se volvió viral en horas. Cincuenta millones de vistas en el primer día. Cien millones en tres días.

Porque era imposible desacreditar. Eran personas reales, visiblemente enfermas, sin agenda política, sin ganancias financieras. Solo diciendo verdades que solo personas muriendo pueden decir con absoluta autoridad.

El mundo escuchó.

Y algo cambió.

No inmediatamente. No completamente. Pero algo fundamental se movió en la conversación global sobre mortalidad, identidad, y qué significa ser humano.

Enelda murió cinco días después de que se publicara el video.

El círculo estaba con ella. Diego también.

Sus últimas palabras fueron: "Continúenme. No me preserven. Continúenme."

Y mientras Diego la observaba tomar su último aliento, comprendió finalmente lo que su padre había querido decir.

La muerte no era el fin.

Era la transformación de una vida individual en legado compartido.

Enelda ya no existiría como Enelda.

Pero continuaría en cada persona que la conoció.

En cada mente que cambió.

En cada verdad que ayudó a revelar.

Esa era la inmortalidad real.

No preservación.

Continuación.

Y en ese momento, en esa habitación de hospital, Diego supo que tanto su padre como Enelda habían logrado algo que ningún clon jamás lograría.

Habían vivido vidas que valían la pena continuar.

CAPÍTULO 8
EL LEGADO DE LOS QUE SE VAN

El funeral de Enelda fue pequeño. Su familia, el círculo, Diego, y una docena de personas que habían conocido su historia a través del video. Gonzalo, su esposo, leyó una carta que ella había escrito semanas antes, cuando todavía tenía fuerzas para sostener un bolígrafo.

"No lloren por mí como si hubiera perdido algo. Gané seis meses de claridad absoluta. Gané propósito. Gané la certeza de que mi muerte importó para algo más grande que mi miedo. Si debo morir, y todos debemos, entonces al menos morí empujando el mundo hacia una pregunta necesaria: ¿queremos ser humanos o queremos ser inmortales? Porque no podemos ser ambos."

Diego se paró frente a la tumba mientras bajaban el ataúd. Dos meses atrás había estado aquí mismo, en este cementerio, enterrando a su padre. Ahora enterraba a alguien que se había convertido en colaboradora, amiga, maestra.

Martín se acercó a él, apoyándose en un bastón que no había necesitado tres semanas atrás. Su propio deterioro se aceleraba.

—Esto nunca se vuelve más fácil —dijo Martín—. Ver a alguien del círculo partir. Pero Enelda tendría una respuesta para eso.

—¿Cuál?

—Que no se supone que sea fácil. Se supone que duela. El dolor es la prueba de que importó.

Las semanas siguientes fueron un torbellino. La investigación de la ONU avanzaba. Tres países habían arrestado científicos vinculados a los institutos de clonación. Dos multimillonarios enfrentaban cargos. Y el debate global sobre clonación humana había resultado en convenciones de emergencia, nuevas legislaciones, prohibiciones más estrictas.

Pero también había resistencia. Grupos que argumentaban que la extensión de vida era un derecho humano. Filósofos que defendían la preservación de identidad como legítima. Y personas poderosas que simplemente habían movido sus operaciones más profundamente a la clandestinidad.

Diego continuó escribiendo. Artículos de seguimiento. Análisis. Entrevistas. Su apartamento se había vuelto inseguro después de dos intentos de allanamiento, así que se mudó temporalmente con Agripina, quien finalmente había revelado su identidad pública como la fuente científica principal.

El círculo continuaba reuniéndose cada jueves. Pero había cambiado. Efrén había entrado en remisión inesperada, su leucemia retrocediendo contra todo pronóstico. Los médicos no tenían explicación. Él bromeaba que era demasiado terco para morir en medio de una revolución global.

Xiomara había perdido completamente su capacidad de hablar. Ahora comunicaba todo a través de su dispositivo, pero su presencia seguía

siendo poderosa. Escribió un ensayo que Diego publicó titulado "El silencio tiene su propia claridad."

Séfora había decidido rechazar más tratamiento. Sus últimas semanas serían en casa, rodeada de familia, sin la niebla de la quimioterapia. Diego la visitó tres días antes de su muerte.

—No tengo miedo —le dijo—. Ya hice mi parte. El video está ahí. Mi voz permanece. Eso es suficiente.

Murió un martes en la mañana, con sus hijos sosteniéndole las manos. El círculo asistió a su funeral. Ahora eran cinco.

After comenzó a tener episodios más frecuentes. Su tumor crecía, presionando áreas del cerebro que controlaban memoria y coordinación. Algunos días no recordaba dónde estaba. Otros días estaba completamente lúcido.

En uno de sus días buenos, le dijo a Diego algo que se quedaría grabado.

—¿Sabes qué es lo irónico? Esas personas que quieren clonar sus cerebros, transferir sus memorias. Yo estoy perdiendo las mías en tiempo real. Y te diré algo: las memorias no son lo que me hace ser yo. Porque incluso cuando no recuerdo mi nombre, todavía soy alguien. Todavía siento. Todavía respondo. La identidad no está en los datos almacenados. Está en el proceso de estar vivo ahora mismo.

Thalía, contra todas las probabilidades médicas, seguía viviendo. A sus noventa y tres años, se había convertido en algo así como una celebridad. Medios internacionales la entrevistaban. Universidades la invitaban a dar charlas sobre mortalidad y longevidad.

—Es absurdo —le dijo a Diego después de dar una conferencia virtual a estudiantes de medicina—. Pasé noventa años siendo invisible como anciana. Ahora que estoy a punto de morir, todos quieren escucharme. Deberíamos escuchar a los viejos antes de que estén muriendo.

Martín era quien más preocupaba a Diego. Su deterioro era visible semanalmente. Había perdido casi veinte kilos. Su piel tenía esa cualidad translúcida de quien está consumiéndose desde dentro. Pero su mente permanecía afilada.

Una tarde, mientras Diego lo ayudaba a ordenar su casa, Martín sacó una caja de cartón de un closet.

—Necesito que guardes esto —dijo—. Son las grabaciones de todas nuestras sesiones desde que empecé el círculo hace tres años. Ciento cincuenta y seis sesiones. Ciento cincuenta y seis conversaciones sobre morir.

—¿Por qué las grabaste?

—Porque estas conversaciones son valiosas. Son personas enfrentando la pregunta más fundamental de la existencia sin filtros, sin pretensiones. Son filosofía pura destilada de experiencia real. —Martín

cerró la caja—. Cuando yo muera, quiero que hagas algo con esto. Un libro, un podcast, algo. Las voces de personas muriendo necesitan ser escuchadas por personas viviendo.

—¿Cuánto tiempo te dieron?

Martín sonrió. —Originalmente, nueve meses hace dieciocho meses. Ahora, honestamente, no sé. Semanas. Tal vez un mes. Mi cuerpo está agotado de pelear.

—¿Tienes miedo?

—Tengo curiosidad. He pasado tres años escuchando a personas describir cómo es morir. Pronto lo sabré personalmente. —Martín se sentó con cuidado—. ¿Sabes qué espero encontrar del otro lado de la muerte?

—¿Qué?

—Nada. Absolutamente nada. Y eso me parece perfecto. He existido durante sesenta y dos años. Eso fue un regalo inesperado en un universo indiferente. No necesito más. No necesito eternidad. Tuve mi turno.

Dos semanas después, Martín llamó a Diego a las tres de la madrugada.

—Ven ahora —dijo simplemente—. Está pasando.

Diego llegó en veinte minutos. El círculo ya estaba ahí. Efrén, Xiomara, After, Thalía. Todos reunidos en la habitación de Martín, quien yacía en su cama con respiración laboriosa pero mente clara.

—No quiero morir en un hospital —explicó Martín—. Quiero morir aquí. En mi casa. Con ustedes. Las personas que entendieron.

Pasaron las siguientes horas con él. No hablando de cosas profundas o importantes. Solo estando presentes. Xiomara tocaba música suave desde su teléfono. Thalía le sostenía la mano. Efrén le leía poemas que Martín había marcado en un libro junto a su cama.

Diego simplemente observaba. Observaba cómo alguien moría rodeado de amor, sin miedo, sin negación. Solo aceptación tranquila de que su tiempo había terminado.

A las siete de la mañana, Martín abrió los ojos y miró alrededor del círculo.

—Gracias —dijo con voz apenas audible—. Por dejarme importar hasta el final.

Cerró los ojos. Su respiración se volvió más espaciada. Más superficial.

Y entonces, simplemente, se detuvo.

No hubo drama. No hubo lucha. Solo el silencio tranquilo de una vida completándose.

Diego sintió lágrimas silenciosas corriendo por su rostro. Pero no eran lágrimas de desesperación. Eran lágrimas de testigo. Había visto algo sagrado: una persona muriendo exactamente como quería morir.

El círculo se sentó con el cuerpo de Martín durante una hora más. No por ritual religioso sino por respeto. Por reconocimiento. Por despedida.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Efrén finalmente—. ¿El círculo termina?

Thalía sacudió la cabeza. —El círculo continúa. Esa era la visión de Martín. Que esto sobreviviera más allá de cualquier individuo. Nos reuniremos en mi casa el próximo jueves. Y el jueves después de ese. Hasta que todos hayamos partido.

Durante las semanas siguientes, Diego trabajó en el proyecto que Martín le había encomendado. Escuchó las ciento cincuenta y seis grabaciones. Cientos de horas de personas muriendo hablando con honestidad brutal sobre identidad, legado, miedo, aceptación, amor, pérdida.

Las transcribió. Las editó. Las organizó temáticamente. Y creó algo que era parte libro, parte archivo oral, parte testamento filosófico.

Lo tituló "Las Voces del Umbral: Conversaciones sobre morir con personas que están muriendo."

Agripina, quien se había convertido en algo más que colaboradora, leyó el manuscrito completo en dos días.

—Esto cambiará vidas —dijo—. Así como tu artículo sobre clonación cambió políticas, esto cambiará perspectivas. Porque finalmente estamos escuchando a las personas correctas sobre la muerte: las que realmente la están enfrentando.

El libro se publicó seis meses después de la muerte de Martín. Se convirtió en inesperado bestseller. No porque fuera entretenido, sino porque era necesario. Una generación entera había vivido evitando pensar en la muerte. Este libro los obligaba a confrontarla.

Las críticas eran universalmente positivas, pero las que más importaban para Diego venían de lectores ordinarios. Cartas y correos de personas diciendo que el libro les había ayudado a procesar duelos. A tomar decisiones sobre tratamientos. A hablar con familia sobre deseos al final de la vida. A valorar su tiempo de manera diferente.

El círculo continuaba. Ahora eran cuatro. After había muerto tres meses después de Martín, su tumor finalmente consumiendo las partes del cerebro que lo mantenían vivo. Murió sin miedo, había dicho a Diego dos días antes, porque había tenido veintitrés años raros pero reales, y eso era suficiente.

Xiomara, Efrén y Thalía se reunían cada jueves en la casa de Thalía. Diego asistía cuando podía. Nuevos miembros comenzaban a llegar, personas con diagnósticos terminales que habían visto el video o leído el libro y buscaban el mismo tipo de comunidad honesta.

El círculo se regeneraba. Personas morían. Otras llegaban. La conversación continuaba.

Un año después de la muerte de su padre, Diego visitó su tumba. Junto a ella ahora estaban las tumbas de Enelda, Martín, Séfora, After. Un pequeño cementerio de personas que habían elegido que sus muertes importaran.

—Lo hice, papá —dijo Diego en voz baja—. Continué tu trabajo. No lo preservé. Lo continué. Lo transformé en algo nuevo. Algo que creo te hubiera gustado.

El viento movió las hojas de los árboles alrededor del cementerio. Diego se quedó ahí, sintiendo la presencia de todos los que habían partido. No como fantasmas, sino como transformaciones. Como ondas en el estanque después de que las piedras se habían hundido.

Su teléfono sonó. Agripina.

—¿Dónde estás?

—En el cementerio.

—Bien. Cuando termines, ven a casa. Tengo noticias. La ONU finalmente emitió la prohibición global sobre clonación humana con transferencia de memoria. Sanciones para cualquier país que lo permita. Es oficial. Ganamos.

Diego colgó y miró las tumbas una vez más.

No habían ganado deteniendo la muerte. La muerte seguía siendo inevitable, democrática, universal.

Habían ganado algo más importante: habían defendido el derecho de la muerte a existir. Habían argumentado que la mortalidad no era un problema que resolver sino una condición que aceptar.

Y en el proceso, habían descubierto que aceptar la muerte no significaba rendirse a ella.

Significaba finalmente comprender su valor.

Diego caminó de regreso a su auto, dejando flores sobre cada tumba. Flores que se marchitarían en días, como todo lo vivo eventualmente debe marchitarse.

Y esa impermanencia, pensó, era exactamente lo que las hacía hermosas.

Porque si las flores duraran para siempre, nadie notaría cuando florecieran.

EPÍLOGO

CINCO AÑOS DESPUÉS

Diego Solís tenía cuarenta y tres años cuando finalmente comprendió lo que su padre había intentado enseñarle toda su vida: que vivir bien requiere morir bien, y que morir bien requiere aceptar que moriremos.

Era un jueves por la tarde, cinco años después de publicar el artículo que había cambiado su vida y, algunos argumentaban, había cambiado el mundo. Caminaba por el campus de la Universidad donde ahora enseñaba un seminario titulado "Periodismo, Ética y Mortalidad."

Sus estudiantes eran jóvenes, la mayoría en sus veintitantos, con esa confianza inconsciente de quienes todavía no habían enfrentado pérdidas significativas. Diego les enseñaba a hacer periodismo riguroso, pero más importante, les enseñaba a hacer las preguntas correctas. Las preguntas peligrosas.

Agripina caminaba junto a él. Ahora vivían juntos, habían vivido juntos durante cuatro años. No estaban casados, ninguno sentía la necesidad de formalizar lo que ya era real. Ella había dejado la biología molecular y ahora trabajaba en bioética, asesorando gobiernos sobre regulaciones de tecnologías que tocaban la frontera de la identidad humana.

—Thalía llamó esta mañana —dijo Agripina—. Quiere que vengas este jueves. Dice que es importante.

—¿Cómo está?

—Tiene noventa y siete. Dice que está cansada de vivir pero que su cuerpo es demasiado terco para morir. Se queja de que Dios la olvidó.

Diego sonrió. Thalía había sobrevivido a todos. Martín, Enelda, Séfora, After, Xiomara, Efrén. Todos habían muerto en los cinco años transcurridos. Algunos rápido, otros lentamente. Pero todos con la dignidad que habían elegido.

El círculo continuaba, ahora con miembros completamente nuevos. Personas que habían leído el libro de Diego, visto el video original, escuchado sobre este grupo donde podías morir honestamente. Thalía seguía presidiendo, la única conexión viviente con los días cuando Martín había fundado todo esto.

El jueves, Diego llegó a la casa de Thalía a las siete en punto. El círculo ya estaba formado. Ocho personas esta vez, la mayoría nuevas, algunas que Diego había conocido en sesiones previas.

Thalía estaba sentada en su silla habitual, más pequeña que nunca, como si la gravedad finalmente estuviera ganando su batalla de décadas contra ella. Pero sus ojos seguían teniendo esa chispa que desafiaba su edad.

—Diego —dijo cuando él entró—. Qué bueno que viniste. Tengo un anuncio.

El círculo guardó silencio.

—He decidido que es hora —continuó Thalía con voz clara—. He vivido noventa y siete años. He visto dos guerras mundiales, la llegada de internet, el colapso y reconstrucción de sistemas enteros. He sobrevivido a todos mis contemporáneos. Y honestamente, estoy lista.

—Thalía... —comenzó alguien.

—Déjame terminar. —Alzó su mano frágil—. No me estoy matando. No estoy renunciando. Simplemente estoy dejando de pelear. Voy a rechazar tratamiento. Voy a rechazar hospitalización. Cuando mi cuerpo finalmente decida detenerse, lo dejaré.

Uno de los miembros nuevos, un hombre de mediana edad con cáncer de pulmón, habló. —¿No es eso rendirse?

—No —respondió Thalía firmemente—. Rendirse es dejar de vivir mientras todavía respiras. Esto es aceptar que he vivido suficiente. Que he tenido mi turno. Y que es tiempo de dejar espacio para otros.

Diego sintió un nudo en la garganta. Thalía era la última conexión con el círculo original. Con su padre, indirectamente. Con toda esa época cuando todo esto había comenzado.

—¿Cuándo? —preguntó.

—No lo sé. Mi médico dice que sin tratamiento, podría ser semanas o meses. Depende de cuán terco sea mi corazón. —Sonrió—. Y ya conocen mi corazón. Es bastante terco.

La sesión continuó, pero con un peso diferente. Todos sabían que estaban presenciando algo significativo: la última guardiana del círculo original despidiéndose.

Después de la sesión, Diego se quedó. Thalía preparó té con manos temblorosas pero competentes.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste? —preguntó ella—. Hace cinco años. Buscando respuestas para tu artículo.

—Lo recuerdo. Cambió todo.

—¿Sabes qué recuerdo yo? Que eras un hombre huyendo de la muerte de su padre. Buscando justicia, pensabas. Pero realmente buscabas permiso para soltar.

Diego asintió lentamente. —Tenías razón.

—Y ahora mira lo que se convirtió. Un libro que ha ayudado a miles a enfrentar su mortalidad. Un movimiento global sobre derechos al final de la vida. Círculos como este en veinte ciudades. —Thalía bebió su té—. Tu padre estaría orgulloso. No de que preservaras su trabajo, sino de que lo transformaras en algo nuevo.

—¿Te arrepientes de algo? —preguntó Diego—. Noventa y siete años. ¿Hay algo que hubieras hecho diferente?

Thalía pensó durante largo rato. —Hubiera empezado a vivir honestamente antes. Pasé los primeros setenta años preocupándome por opiniones ajenas, por apariencias, por cosas que ahora veo eran absolutamente triviales. Solo cuando supe que iba a morir comencé a vivir realmente. Eso es lo que les digo a todos en este círculo: no esperen a estar muriendo para empezar a vivir con honestidad.

—¿Y qué viene después? —preguntó Diego—. Para ti. ¿Qué crees que hay después de la muerte?

—Nada —respondió Thalía sin dudar—. Absolutamente nada. Y después de noventa y siete años de existencia, la idea de nada suena como el descanso perfecto. He existido. Fue extraordinario. Ahora es turno de no existir. Ambas cosas están bien.

Diego se quedó una hora más, solo conversando. Sobre vida, muerte, memoria, legado. Las mismas conversaciones que había tenido con su padre en sus últimos años, si tan solo hubiera prestado atención entonces.

Cuando se fue, Thalía lo abrazó. Un abrazo frágil pero firme.

—Continúa esto —dijo—. El círculo. Las conversaciones. La honestidad. Cuando yo me vaya, tú serás el guardián de esta tradición. No la preserves exactamente como es. Transfórmala. Mejórala. Hazla tuya.

—Lo haré.

—Lo sé. Por eso se lo estoy encomendando a ti.

Tres semanas después, Thalía murió mientras dormía. Sin dolor. Sin drama. Simplemente se fue, como había dicho que quería.

Su funeral fue enorme. Cientos de personas cuyas vidas había tocado durante sus noventa y siete años. Miembros actuales y pasados del círculo. Lectores del libro. Personas que habían visto el video original cinco años atrás.

Diego habló en el servicio. No un elogio tradicional, sino una reflexión sobre lo que Thalía había enseñado: que la longevidad sin propósito es solo tiempo desperdiciado, pero que una vida con significado puede ser corta y aún completa.

Después del funeral, el círculo se reunió en la casa de Thalía por última vez. Ella había dejado la casa específicamente para que continuara siendo el lugar de reunión del círculo. Diego había aceptado administrarla.

Veinte personas asistieron esa noche. El círculo había crecido. Y seguiría creciendo.

Porque mientras las personas siguieran muriendo, necesitarían lugares donde pudieran hablar honestamente sobre ello.

Los meses siguientes fueron de transición. Diego oficialmente se convirtió en el facilitador del círculo. No trataba de ser Martín ni Thalía.

Era él mismo, con su propia perspectiva, su propia manera de guiar conversaciones.

El libro había generado interés académico. Varias universidades ahora ofrecían cursos sobre "Tanatología práctica" usando el texto como base. El video original se había convertido en material de estudio en escuelas de medicina, programas de enfermería, seminarios de bioética.

La prohibición global sobre clonación con transferencia de memoria se había sostenido. Hubo intentos de revertirla, lobby de corporaciones y multimillonarios, pero la opinión pública se había solidificado. La gente había decidido, mayoritariamente, que la mortalidad compartida era parte de lo que nos hacía humanos.

No era victoria completa. Había operaciones clandestinas todavía. Rumores de instalaciones en aguas internacionales. Pero el estigma era tan grande que incluso los ricos lo pensaban dos veces.

Diego escribió un segundo libro, este centrado específicamente en su padre. "Roberto Solís: El periodista que preguntó cómo deberíamos morir." Era parte biografía, parte análisis de sus últimas columnas, parte reflexión sobre cómo los hijos continúan el trabajo de sus padres.

En el quinto aniversario de la publicación del artículo original, hubo un simposio internacional. Diego fue invitado como orador principal. Agripina también habló, sobre los aspectos científicos y éticos.

Pero la presentación que más impactó no fue de ningún experto. Fue un video-mensaje de Efrén, grabado una semana antes de su muerte dos años atrás, que su familia finalmente había liberado con permiso.

En el video, Efrén, ahora con veintiséis años pero visiblemente consumido por la recurrencia de su leucemia, hablaba directamente a la cámara:

"Si estás viendo esto, probablemente ya morí. Y está bien. Tuve veintiséis años. No fueron suficientes, pero fueron reales. Y aprendí algo que la mayoría de la gente nunca aprende: que la vida vale algo porque termina. Que cada momento importa porque hay un número finito de momentos.

Las personas que intentan clonar su identidad, que buscan vivir para siempre, nunca entenderán esto. Para ellos, no hay último amanecer. Y por lo tanto, ningún amanecer es especial.

Pero yo vi mi último amanecer. Lo supe. Lo saboreé. Y fue el más hermoso de mi vida precisamente porque era el último.

No me tengan lástima. Tuve el privilegio de saber que iba a morir. La mayoría de ustedes viven como si fueran inmortales. Yo viví sabiendo que era mortal. Y eso, paradójicamente, me hizo sentir más vivo que nunca.

Continúen esto. El círculo. Las conversaciones. La honestidad. Porque el mundo necesita lugares donde podamos hablar sobre la muerte sin

pretender que no existe. Donde podamos aceptar nuestra finitud sin verla como derrota.

Y cuando llegue su momento, porque llegará, recuerden esto: morir no es fracasar. Morir es completarse. Es la última transformación que todos experimentamos.

No la teman. Respétenla. Y cuando llegue, déjenla transformarlos en algo que continúa en otros.

Esa es la única inmortalidad que vale la pena."

El video terminó. El auditorio estaba en silencio. Luego, lentamente, comenzó el aplauso. No el tipo de aplauso performativo de eventos académicos, sino algo más profundo. Reconocimiento. Gratitud. Comprensión.

Esa noche, Diego y Agripina caminaron por la ciudad donde todo había comenzado cinco años atrás. Pasaron por el hospital donde Enelda había recibido su diagnóstico. Por el café donde Diego había conocido a Agripina por primera vez. Por el Jardín Botánico donde habían planeado exponer la conspiración.

—¿Crees que cambió algo realmente? —preguntó Agripina—. ¿O solo retrasamos lo inevitable? Eventualmente, la tecnología permitirá la verdadera transferencia de identidad. Eventualmente, alguien logrará la inmortalidad técnica.

—Probablemente —admitió Diego—. Pero ya no será secreto. Ya no será solo para los poderosos. Y la gente habrá tenido esta conversación. Habrá pensado profundamente sobre si eso es realmente lo que quieren.

—¿Tú lo querrías? —preguntó Agripina—. Si la tecnología existiera. Si pudieras vivir para siempre, ¿lo harías?

Diego pensó en su padre. En Enelda. En Martín, Thalía, todos los del círculo original. En las conversaciones que habían tenido. En las muertes que había presenciado.

—No —dijo finalmente—. Porque he visto lo que la mortalidad hace. Hace que cada momento importe. Hace que elijamos cuidadosamente cómo gastamos nuestro tiempo. Hace que nuestras relaciones sean preciosas porque sabemos que terminarán. Si tuviera eternidad, perdería eso. Me volvería perezoso con mi tiempo. Dejaría todo para después porque siempre habría después.

—¿Y si pudieras llevarte tus memorias? —presionó Agripina—. ¿Si fuera realmente tú, no una copia, sino continuación genuina?

—Todavía no. Porque no quiero ser la misma persona para siempre. Quiero transformarme. Quiero que mis experiencias me cambien. Quiero eventualmente volverme alguien que mi yo actual no reconocería. Y luego quiero morir y dejar que otros transformen lo que aprendí en algo nuevo. Eso es legado real.

Se detuvieron frente al cementerio donde Roberto Solís, Enelda, Martín, Séfora, After, Xiomara, Efrén y ahora Thalía descansaban. Las tumbas estaban ordenadas, cuidadas por una fundación que Diego había establecido con las ganancias del libro.

—¿Vienes? —preguntó Agripina.

—Dame un minuto.

Diego entró solo al cementerio en la luz menguante del atardecer. Se paró frente a la tumba de su padre primero.

—Cinco años, papá —dijo en voz baja—. Cinco años desde que todo cambió. Continué tu trabajo. No de la forma que probablemente imaginaste, pero lo continué. Y creo que funcionó.

Se movió a la tumba de Enelda. —Gracias. Por mostrarte cuando lo hiciste. Por dar tu vida propósito incluso mientras la perdías. Por enseñarme que morir puede ser un acto de creación.

Visitó cada tumba. Martín. Thalía. Todos los demás. No rezó porque no era religioso. Simplemente agradeció. Reconoció. Recordó.

Y mientras estaba ahí, rodeado de los muertos que habían elegido que sus muertes importaran, Diego comprendió algo fundamental:

No estaba parado entre tumbas de personas que habían perdido batallas contra la muerte.

Estaba parado entre tumbas de personas que habían ganado sus batallas con la vida.

Porque habían vivido honestamente. Habían aceptado su finitud. Habían transformado su tiempo limitado en legados que continuaban.

No estaban preservados. Estaban transformados. Continuaban en él, en el círculo, en todos los que habían sido tocados por sus historias.

Esa era la inmortalidad real.

No vencer la muerte, sino aceptarla tan completamente que tu vida se volviera una respuesta a su inevitabilidad.

Diego salió del cementerio y encontró a Agripina esperándolo. Tomó su mano y caminaron juntos hacia su apartamento.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella.

—En que todos vamos a morir.

—Perspectiva alegre.

—No, escucha. Todos vamos a morir. Tú, yo, todos los que conocemos. Y eso es perfecto. Porque significa que cada momento juntos importa. Cada conversación es finita. Cada amanecer es contado. Y eso, Agripina, es lo que hace que valga la pena.

Ella apretó su mano. —¿Sabes que eres deprimente y esperanzador al mismo tiempo?

—Aprendí de los mejores.

Esa noche, en su apartamento, Diego abrió su laptop y comenzó a escribir. No un artículo ni un libro. Solo pensamientos. Reflexiones sobre cinco años de transformación.

Escribió sobre su padre y cómo la muerte de Roberto había sido el inicio de todo. Sobre Enelda y cómo seis meses pueden contener más vida que décadas de existencia inconsciente. Sobre Martín y el círculo que había creado. Sobre Thalía y noventa y siete años de finalmente aprender a vivir.

Escribió hasta que las palabras se agotaron. Luego cerró la laptop y se fue a dormir junto a Agripina.

Y mientras se quedaba dormido, pensó en algo que Enelda había dicho en una de sus últimas conversaciones:

"La muerte no es lo opuesto a la vida. Es lo que le da forma. Es el marco que hace que la pintura importe. Sin muerte, la vida no sería vida. Sería solo tiempo infinito sin significado."

Diego sonrió en la oscuridad.

Cinco años atrás había pensado que estaba escribiendo sobre personas que intentaban vencer la muerte.

Ahora comprendía que realmente había escrito sobre personas que habían aprendido a morir bien.

Y que morir bien es, finalmente, el último acto de vivir bien.

Cerró los ojos.

Mañana el círculo se reuniría de nuevo. Nuevos miembros llegarían. Otros eventualmente partirían. La conversación continuaría.

Porque mientras las personas siguieran muriendo, necesitarían espacios para hablar honestamente sobre ello.

Y Diego estaría ahí, continuando el trabajo de su padre, de Martín, de todos los que habían venido antes.

No preservándolos.

Continuándolos.

Transformándolos en algo nuevo.

Tal como debía ser.

Tal como había sido siempre.

Tal como sería siempre.

Hasta que él también muriera.

Y alguien más continuara la conversación.

Y así, indefinidamente.

No eternidad.

Sino continuidad.
La única inmortalidad que vale la pena.

FIN